

Jamás con temor





Jamás con temor

Por
Merle Greene Robertson

Prólogo de Peter R. Mathews

Publicado por primera vez en 2006 con el título *Never in Fear*

© 2006 The Pre-Columbian Art Research Institute

Derechos reservados

Producido, diseñado y editado por Joel Skidmore, Lee Langan y
Chip Breitwieser para Precolumbia Mesoweb Press

Portada y portadilla por Chip Breitwieser

Traducción de Patricia G. Aguirre

ISBN 978-0-934051-14-9

Para
Joann Andrews



Índice

AGRADECIMIENTOS	12
PRÓLOGO	13
JAMÁS CON TEMOR.	19
SE ATREVIERON ANTES QUE YO	21
EL GRAN CIELO AZUL	25
CAMPAMENTOS	36
MATRIMONIO Y DIVORCIO	39
UNA NUEVA VIDA Y NUEVAS ESCAPADAS.	42
EL PETÉN	45
TÉCNICAS DE CALCAS	49
MOTUL DE SAN JOSÉ	52
LA LIBERTAD A SAYAXCHÉ	53
SAYAXCHÉ.	54
DOS PILAS	57
BOB AMA LA SELVA.	62
AGUATECA	62
ALTAR DE SACRIFICIOS	64
TAMARINDITO	68
ITSIMTÉ	69
NARANJO	71
IXKÚN	73
IXTUTZ.	75
ACCIDENTE EN EL PETÉN	76

AL PERÚ	77
IXTUTZ MAPEADO	78
SEIBAL	83
YAXCHILÁN.	85
A EUROPA Y EL MUSEO BRITÁNICO.	87
BERLÍN OCCIDENTAL.	88
LONDRES, EL MUSEO BRITÁNICO	88
UAXACTÚN.	90
JIMBAL	90
BILBAO Y EL BAÚL.	93
OTROS SITIOS	95
LUBAANTUN Y NIMLI PUNIT.	95
LAMANAI	96
CARACOL	96
EL PALMAR	97
CALAKMUL	98
QUINTANA ROO	101
COPÁN.	102
RÍO USUMACINTA AL ANOCHECER.	103
PALENQUE	105
MOISÉS MORALES.	113
EL DR. SHIELDS.	117
LA VIDA EN PALENQUE	118
EL PROYECTO DE LA FLORIDA	122
MESAS REDONDAS DE PALENQUE	126
DOS DESASTRES	138
VOLCÁN EL CHICHÓN.	140
PROYECTO GRUPO DE LAS CRUCES.	148
SECUESTRO DE PETER EN EL CAYO	154
N.G.S. Y LA LLUVIA ÁCIDA.	157
YUCATÁN	159

CHICHÉN ITZÁ	161
VIAJANDO POR EL MUNDO	171
PARÍS Y AIX-EN-PROVENCE	171
LA COSTA AZUL	177
LA VUELTA DE MATT	180
LOS FIORDOS DE NORUEGA	181
TURQUÍA	185
INDIA	189
CHILE	194
LA ISLA DE PASCUA	196
JAPÓN	198
ESCOCIA	200
ANGKOR WAT	201
AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDA	206
ESPAÑA	208
ROMA	210
SUIZA	211
PRAGA	213
GRECIA	214
VENECIA	216
EL VIAJE DE ODISEO	217
BÉLGICA	221
UNIVERSIDAD DE TULANE	228
MÁS PUNTOS ÁLGIDOS	233
P. A. R. I.	233
PREMIOS Y GALAS	234
MI FAMILIA Y AMIGOS	239
PINTANDO CON ACUARELA	248
UNA NUEVA YO	250
PUBLICACIONES PRINCIPALES	252
EXHIBICIONES DE LAS CALCAS	253



Figura de estuco de la cripta de Pakal el Grande

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Todas las imágenes son de los archivos de Merle Greene Robertson excepto:

John Bowles	Página 192
David Dressing	Página 231 (abajo)
Susan Dutcher	Página 220
Blair Greene.	Página 182 (abajo)
David Greene	Páginas 234 (abajo), 235 (arriba y centro)
Ron Henggeler	Páginas 251, 252
Doris Jason	Página 131 (abajo)
Justin Kerr	Página 150 (abajo)
Lee Langan	Páginas 36, 104, 133, 148, 149 (arriba), 206, 236 (abajo), 237 (arriba), 238 (arriba), 239, 244 (abajo), 247 (abajo)
Claudine Marken	Páginas 178, 181, 242
Jim Metzler	Página 243 (centro)
Courtesy of the University of Pennsylvania Museum	Página 48 (abajo)
Bob Southwick	Páginas 226, 227 (abajo)
David Sturdevant	Página 246 (abajo)
Khristaan Villela	Página 169

AGRADECIMIENTOS



Por largo tiempo mis amigos han tratado de que me ponga a escribir un libro acerca de mi vida cuando trabajaba en las selvas de México y Centroamérica, pero que incluyese también recuerdos de mi niñez e ilustraciones de las pinturas que he ido haciendo al viajar alrededor del mundo. Agradezco a Cristin Cash por haberme ayudado a comenzar. Cristin pasó una hora diariamente durante dos meses trabajando para mí en San Francisco, grabando las historias que le iba contando. Luego las transcribió en la computadora para que yo pudiera trabajar con ellas. Martha Macri, Maureen Carpenter y Dana McClutchen pasaron meses poniendo todas las fotografías y las diapositivas de mis calcas en una base de datos para que pudiera yo encontrarlas. Por ello les estoy sumamente agradecida. Mucho se ha obtenido de los diarios de mi esposo Bob, que muy meticulosamente llevó con todo detalle. Agradezco a todos mi becantes, quienes hicieron posible el trabajo en la selva: La American Philosophical Society, El Edith Stern Fund, La Zemurray Foundation, La Lende Foundation, N.E.H., La National Geographic Society, FAMSI y El Explorers Club.

Mis numerosos estudiantes de la escuela Stevenson quienes tuvieron una parte muy importante en el relato de todo esto —los quiero a todos. Agradezco a Peter Harrison y a Pat Culbert por haber convertido a esta gringa neófita en una mayista. Y con nuestra amistad de 45 años, Peter Mathews, gracias por escribir tan generoso prólogo.

Finalmente, a Lee Langan y a Joel Skidmore, por haberse encargado de que esto se llevara a cabo, y que se publicara. Reconozco que sin dicho par, el viaje hacia esta nueva aventura no habría despegado. Muchas gracias.



Con Cristin Cash

MERLE GREENE ROBERTSON

UNA OBRA EN PROGRESO

Por Peter Mathews



Merle Greene nació en Montana y creció en Great Falls, una hermosa región de los Estados Unidos que se distingue por sus maravillosos pastizales y las majestuosas Montañas Rocosas —un paisaje muy distinto al de las selvas de México y América Central en donde ha pasado la mayor parte de su vida.

Dos aspectos de su juventud en Montana tuvieron gran influencia sobre la dirección que tomaría su vida. Uno fue su interés en las culturas de los Nativos Americanos. La familia de Merle pasaba sus vacaciones cerca de un lago de montaña en las afueras del Parque Nacional Glacier. Frecuentemente iba Merle con su papá a visitar a sus amigos, jefes de la tribu Blackfoot, con quienes aprendió el lenguaje indio de señas. Su otra influencia fue el gran artista Charles M. Russell, quien vivió en Great Falls. La joven Merle pasó muchas tardes en el pórtico de la casa del artista observando y aprendiendo el arte de pintar. Sus padres la apoyaron mucho en su interés por el arte; cuando su madre le dijo que podía seleccionar algún papel tapiz para redecorar su recámara, ella quiso conservar el viejo tapiz que tenía, ya que era de un color verde oscuro y así podría pintar sobre él ¡con gises de colores!

Cuando estaba en plena adolescencia, la familia de Merle decidió mudarse a Seattle, en donde completó el bachillerato y comenzó la universidad; la terminó en California y se graduó en artes plásticas. Durante, y después de su carrera, Merle trabajó como artista comercial y también pintó anuncios con hoja de oro en ventanales.

En las vacaciones, durante sus años en Seattle, a Merle lo que más le gustaba, era remar canoa y acampar en la vasta naturaleza de la península Olympic, en donde dirigía un campamento privado.

Después se fue al Instituto Allende, de San Miguel de Allende, en México. Allí estudio durante tres veranos las técnicas de acuarela, óleo, fotografía y pintura mural con un destacado muralista mexicano. Obtuvo el título de Maestra en Bellas Artes (MFA en inglés) por la Universidad de Guanajuato.

Después de San Miguel, Merle se fue a Tikal para trabajar en el gran proyecto que la Universidad de Pensilvania estaba llevando a cabo allá. Pasó tres veranos dibujando la arquitectura de la Acrópolis Central, y también comenzó a registrar algunos monumentos por medio de calcas. Esta técnica ya había sido utilizada anteriormente en el área Maya, principalmente por John H. Denison Jr. en Chichén Itzá y en otros sitios en el área central de la península de Yucatán. Sin embargo, Merle elevó esta técnica al nivel de arte, y también mostró lo útiles que pueden ser las calcas como un medio para documentar los relieves de las esculturas mayas.

Buena parte de la vida de trabajo de Merle, la pasó dando clases en la Escuela Robert Louis Stevenson, en Pebble Beach, Monterey, en la península de California; su esposo Lawrence "Bob" Robertson fue decano de esa institución. En los años 60's, Merle y Bob comenzaron a llevar algunos de sus alumnos a Guatemala y México en las vacaciones de verano. Esto es lo que debieron pensar la mayoría de los estudiantes al inicio del viaje: "vacaciones de verano." Pero cualquiera que haya trabajado con Merle sabe que nada que ver. Horas de arduas caminatas en caminos lodosos para solamente llegar a establecer el campamento en medio de un aguacero torrencial, seguido de días de trabajo a puro machetazo para clarear la maleza y poder mapear los sitios arqueológicos y dar espacio suficiente para las fotografías y las calcas de Merle. Por supuesto que ninguno de los estudiantes se lo hubiera perdido por nada del mundo, y con quienes he hablado, me han dicho que esos viajes fueron de las experiencias formativas más importantes de su vida entera. Algunos, como Arlen Chase, siguieron su carrera en la arqueología maya.

El propósito principal de aquellos viajes a la selva, fue registrar en fotografías y calcas los magníficos monumentos que esculpieron y grabaron los antiguos mayas. En los 60's, el saqueo de sitios mayas se estaba convirtiendo en una "industria en crecimiento." A pesar de los esfuerzos de las autoridades nacionales, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en México, y el Instituto de Antropología e Historia (IDEAH) de Guatemala, muchos de los monumentos estaban siendo despedazados con sierra, y llevados a todos los rincones del mundo. Algunas veces eran abandonados en pleno atentado: Merle halló la mitad inferior de la Estela 18 de Yaxchilán dentro de una choza a la orilla del Río Usumacinta; lo reportó a las autoridades y hoy día se encuentra unida a su otra mitad en el Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México. El peor de los modos de saqueo y robo de monumentos era cuando prendían una fogata bajo el monumento y luego le arrojaban agua fría, lo cual quebraba la piedra caliza destruyendo por completo el monumento. En las expediciones de Merle había siempre presente un cierto elemento de "carrera contra el tiempo" para tratar de encontrar y registrar los monumentos antes de que se perdieran para siempre. El hecho de que Merle haya hecho ya más de 5,000 calcas, indica la escala de la tarea que asumió durante aquellos primeros años, y la perseverancia que ha mostrado al completar la documentación. Su trabajo estuvo sustentado por el INAH de México y el IDEAH de Guatemala, así como por varias agencias financiadoras, tanto públicas como privadas; también por la Universidad de Tulane, en los E.U., en donde se encuentran las calcas que ahora forman la Colección Merle Greene Robertson, en la sección de Libros y Manuscritos Excepcionales de la Biblioteca Latinoamericana de Tulane.

La misma Merle escribirá acerca de su método de creación de las calcas, de modo que no me adentraré en ese fascinante proceso aquí. Es suficiente decir que ver a Merle trabajando es tanto placentero como exhaustivo: limpiar las piedras, los suaves golpecitos que usa para humedecer el papel arroz, obteniendo el grado justo de humedad en el papel para finalmente,

mirar la imagen labrada emerger poquito a poco por medio de los golpecitos de aquella “torunda” (maraña) de seda empapada en tinta, que daba con todo cuidado la mano maestra de Merle.

La inmensa colección de las calcas de Merle representa un archivo muy importante de los monumentos de lítica maya. Las calcas son vitales al lado de los métodos de documentación más usuales como lo son las fotografías y los dibujos. Muchas veces, en las calcas de Merle, se pueden ver detalles que en una fotografía aparecen sombreados o no son claros. Desde 1993, las calcas de Merle están disponibles en un soberbio set de CD-Roms para que el mundo las pueda disfrutar y se maraville ante ellas, además de acceder a este maravilloso recurso archivístico.

Es perdonable el que uno pudiera pensar que pasar la mitad del tiempo explorando y la otra mitad haciendo calcas sería más que suficiente para llenar una vida, pero apenas se comienza a hacer un recuento de los logros de Merle. Su primer amor de la selva fue Tikal, y en México siempre ha sido Palenque. Durante los 70's trabajó incansablemente documentando la escultura de Palenque. En ello fue hábilmente asistida por su esposo Bob, y también por huestes de ayudantes —los esclavos de Merle, como con orgullo nos hacemos llamar. Cuando Merle está trabajando, está totalmente enfocada, completamente, en la tarea que tiene entre sus manos —al grado de rehusarse a tomar aunque fuera un pequeño descanso para comer o beber algo. Para tomar las fotos de las pilastras del Palacio y del Templo de las Inscripciones en Palenque, y lograr que estuvieran en cuadro, se hizo un enorme andamiaje de vigas de caoba, y se tuvieron que hacer tablonces también. Estos andamios fueron hábilmente contruidos por otro amigo y compañero de toda la vida de Merle: Ausencio “Chencho” Cruz Guzmán, un maya chol residente de Palenque. Los andamios de Chencho eran absolutamente sólidos, pero con tablonces relativamente estrechos que iban desde las pilastras hacia el vacío abierto debajo. Uno de mis más vívidos recuerdos de Merle es, cuando estaba con el ojo pegado al ocular de su cámara, dando pasos hacia atrás en uno de esos tablonces para poder tomar la pilastra entera en la foto, mientras que varios “esclavos” estábamos ahí al lado asegurándonos que no se saliera por completo del andamio ¡cayendo 20 metros hacia la plaza!

El resultado del trabajo de Merle en Palenque está brillantemente documentado en la bella (suntuosa) serie de *La escultura de Palenque*, que publicó la Princeton University Press. En dicho estudio, Merle mostró con detalle otras cosas, como las hermosas esculturas de estuco, que capa tras capa modelaban los artistas de Palenque. Ella ha investigado las pinturas que eran usadas para colorear las esculturas, buscando las fuentes de pigmentos en la región de palenque y, exhaustivamente experimentando hasta reproducir el color exacto que usaron los artistas palencanos. En ese proceso, pudo documentar el método completo para esculpir en estuco, por el que Palenque es tan famosa.

Al principio de los años 70, cuando Merle y Bob trabajaban en su casa de Palenque, su hogar se convirtió en un paraíso para los estudiosos de lo

maya, y para todo turista que mostrara interés. En agosto de 1973, Merle y Bob tuvieron una reunión con varios amigos en el patio-pórtico de atrás—Gillet Griffin, David Joralemon y Linda Schele (quien en aquella época era una novata con interés comenzando apenas su propia gran odisea entre los mayas)— con los “gin-and-tonic” de Bob y cacahuates fríos y los pájaros chirriando en la exuberante vegetación que los cobijaba. Fue en común acuerdo de todos ellos que debía llevarse a cabo, cuanto antes, una reunión llamada la Mesa Redonda de Palenque.

Para la mayoría de la gente, ese acuerdo podría significar “en uno o dos años,” pero debemos recordar que esta fue una producción Merle Greene Robertson. Para septiembre las invitaciones estaban enviadas, y a mediados de diciembre, treinta y cinco participantes y en total unos sesenta o setenta residentes locales interesados estaban reunidos para la conferencia. Yo tuve la suerte de estar allí, y ese fue, por mucho, el evento más importante de mi carrera académica. (En aquél momento no me había graduado aún, y Merle había invitado a mi maestro David Kelley, quien respondió que le sería imposible asistir porque estaría en Europa, pero le preguntó a Merle si consideraría invitar a uno de sus estudiantes que estaba trabajando con las inscripciones de Palenque.)

La Mesa Redonda terminó una semana después, justo antes de Navidad. Habían presentado muchos artículos excelentes, y Merle se puso a trabajar de inmediato para publicarlos. Para la mayoría de la gente ese proceso tomaría de tres a cuatro años, sin embargo uno debe recordar nuevamente que esta seguía siendo una producción de Merle Greene Robertson. En un año, las memorias de aquella conferencia estaban publicadas en dos volúmenes (por la Escuela Robert Louis Stevenson, con Merle como editora) e intituladas *Primera Mesa Redonda de Palenque*. Por supuesto, aquella “Primera” en el título significaba que seguirían más. Pues, para mucha gente, esto querría decir “en unos dos o tres años,” pero una vez más debemos considerar que continuaba la producción de Merle Greene Robertson. La Segunda Mesa Redonda de Palenque se llevó a cabo en el cabal aniversario de la primera, en 1974. En los años que siguieron, ocho Mesas Redondas fueron organizadas por Merle, y todas ellas han sido publicadas, constituyendo así uno de los acervos más importantes en cuanto a memorias de simposios de estudios mesoamericanos. Las Mesas Redondas de Palenque se siguen llevando a cabo hasta la fecha, con Merle Greene Robertson como su Presidenta Honoraria oficial.

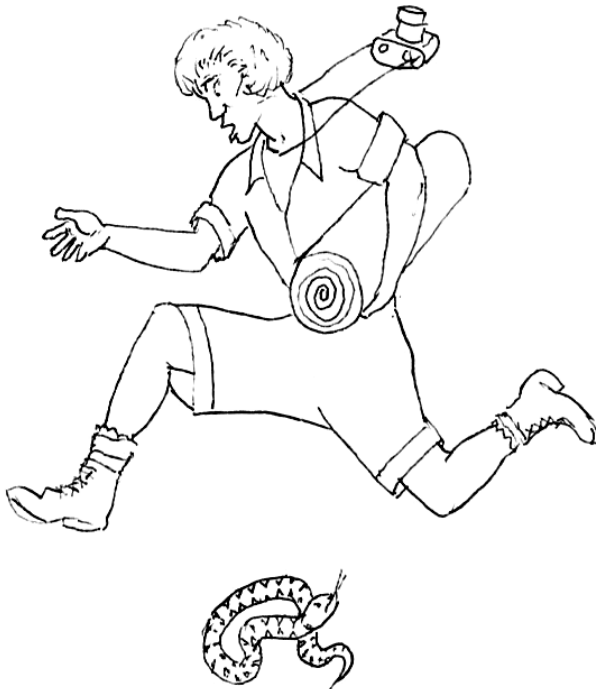
Merle es también Presidenta del Consejo del Instituto de Investigaciones en Arte Precolombino (PARI por sus siglas en inglés), el cual ha promovido y apoyado durante los últimos veinticinco años, la investigación en estudios mesoamericanos. Ha publicado también las memorias de las Mesas Redondas, así como una serie de monografías y la edición trimestral del *PARI Journal*. PARI también tiene su propio sitio *web* coordinado y organizado por Joel Skidmore, www.mesoweb.com/pari, que ofrece todo el corpus de las calcas de Merle en línea, así como extensivos recursos para el estudio de Palenque y variada información relacionada con otros sitios mayas.

Hoy día, Merle continúa trabajando activamente en el área maya, y pasa

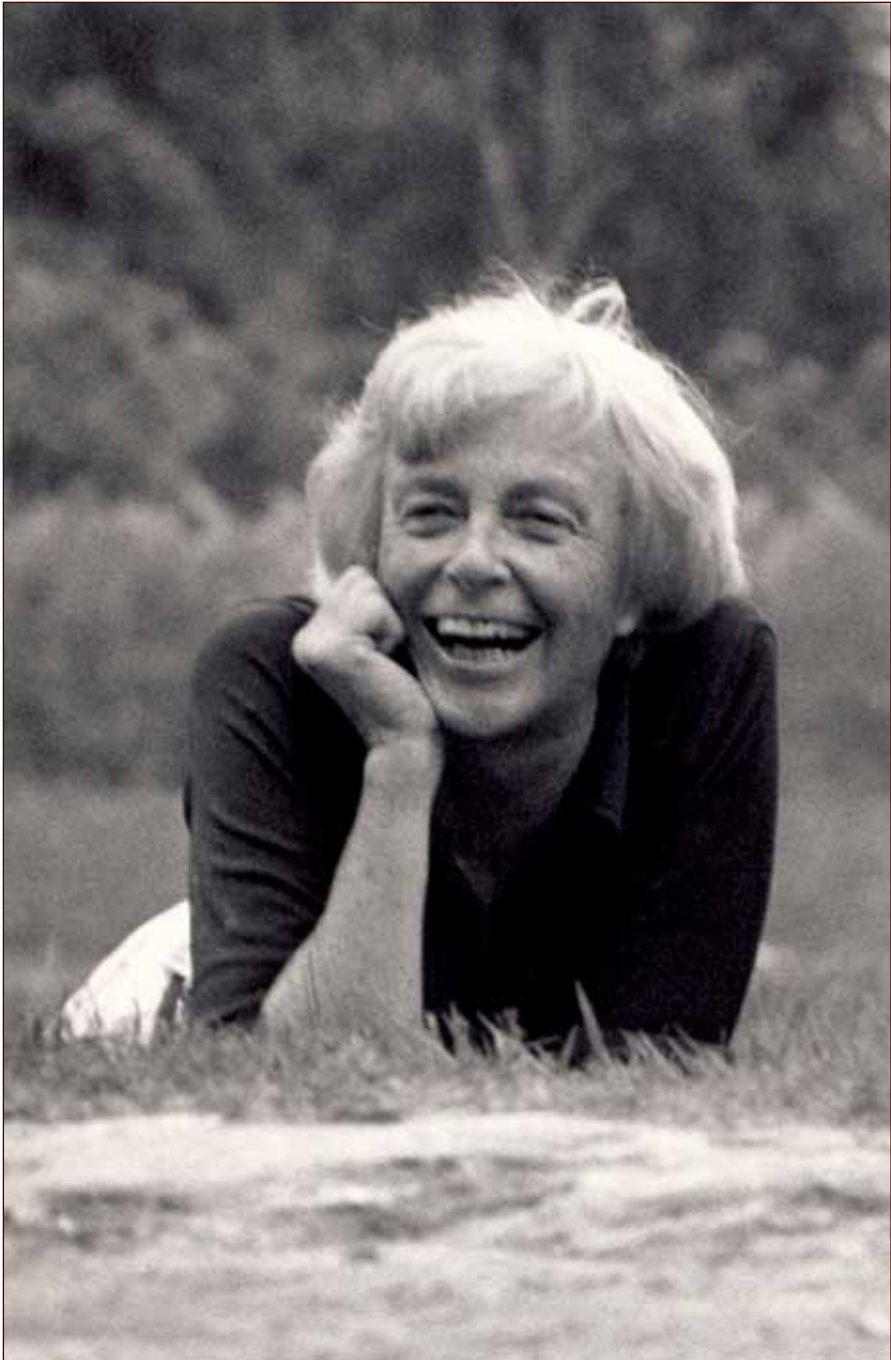
varios meses del año continuando su documentación en calcas, principalmente ahora en Chichén Itzá y en Palenque, en donde las investigaciones patrocinadas por el PARI siguen bajo su dirección y con la habilidosa guía de Alfonso Morales como investigador en jefe.

Merle también pasa gran tiempo creando bellas pinturas en acuarela, tanto de paisajes como de edificaciones en diversas partes del mundo como México, Noruega, Australia, Turquía, India, Chile, Francia —para nombrar sólo algunas, muchas veces acompañada de su nieta Blair. Sus pinturas han sido exhibidas en los E.U., Europa y Australia. Sus calcas han sido exhibidas en más de veinticinco museos de los E.U. incluyendo el Museo de Arte Primitivo en Nueva York, el Museo Field de Chicago, y el Palacio de la Legión de Honor en San Francisco. También en Holanda, Grecia, Francia y Australia.

Merle recibió un Doctorado Honorario de la Universidad de Tulane, y por sus contribuciones al entendimiento de la cultura maya en el mundo, el gobierno de México le otorgó el *Águila Azteca* en 1993. Merle es uno de los tesoros vivos del mundo, parafraseando un título que denota la más alta estima en la cultura japonesa; para todos aquellos que tenemos el honor de conocerla, ella es plenamente, una obra maestra en progreso.



Merle saltando sobre una barba amarilla (dibujo de Gillett Griffin)



JAMÁS CON TEMOR



Encontraron sus huesos dos años después. Su cámara Hasselblad también estaba allí. Este fotógrafo alemán no conocía las reglas de la selva. Nunca, nunca te sientes en ningún sitio sin estar cierto de que es seguro. Eso es —sin serpientes. Nunca te salgas de un camino tú solo. Este hombre, sin duda, jamás había estado en Tikal anteriormente, ni tampoco le había dicho a nadie a dónde iba a ir. Se había ido a hacer sus cosas, él solo, y necesitaba cambiar el rollo de su cámara. Caminó fuera del sendero, el primer “no debes.” Entonces buscó un sitio para sentarse. Se sentó en este tronco para cambiar de rollo, y sin duda alguna fue mordido por una coralillo.

Sí me salí del camino en Tikal, pero nunca me salí del sendero o lo que parecía un sendero. Conforme avanzaba por donde solamente quedaban rastros borrosos de lo que muchas veces parecía como veredas abandonadas de hormigas guerreras, me volvía para dibujar un árbol o cualquier elemento notorio que pudiera ver. Cada vez que llegaba a una vereda dudosa, hacía la misma cosa, de modo que pudiera encontrar mi camino de regreso. Y claro que le decía a alguien hacia dónde iba a ir en mis excursiones por la selva.



Merle al mes de nacida



Merle a los 3 años



Ada cuando nació



Mamá Ada y Abuela Foote

SE ATREVIERON ANTES QUE YO



Pues pasaron muchos años antes de todo esto, y durante esos años, sucedieron muchas cosas que me prepararon para seguir amando, durante toda mi vida, la selva y el estar al aire libre.

Nací, hija de Ada Emma Foote y Darrell Irving McCann, en un pueblo de vaqueros y ganado llamado Miles City, en Montana, el 30 de agosto de 1913. Mis padres habían llegado de Duluth, Minnesota, en donde mi madre daba clases en una escuela. Ella me dijo en una ocasión que cuando vio a mi padre por primera vez, pensó que ese guapo muchacho era un gran barón de embarque. De hecho, trabajaba para la Swift & Company, una planta empackadora de carne con planta en Chicago, para la que más tarde sería el representante occidental.

Mi abuelo, Montello Allen Foote, creía que si sus hijos Wilbert y Vain podían ir a la universidad, también lo podría hacer su hija. Mi madre se graduó de la Escuela Normal de Minnesota en Minneapolis, una de cinco chicas en su clase.



Mi madre, Ada, a los 25 años



Mi padre, Darrell McCann, a los 21 años



Mi papá, con su Ford de Swift & Co.

Mis abuelos pasaron largo tiempo lejos de su casa, en Wilmington, North Carolina. Mi abuelo era arquitecto, que entonces se les conocía como dibujantes, quien diseñó aserraderos y otros edificios grandes. En esos días, los dibujantes iban al lugar donde se erigiría el edificio y se quedaban hasta que se terminaba de construir. Mi madre había nacido en una de esas ocasiones. Mi abuelo debía construir un aserradero en Moorhead, Minnesota, que está en el Río Le Croix, que marcaba el límite con el territorio indio. Los troncos se transportaban flotando en el Le Croix, y allí fue donde mi abuelo debía ir a construir el aserradero que había diseñado. Como mi abuela, Barbara Elizabeth Anez, estaba con él, allí fue donde mi madre nació el 31 de diciembre de 1883.

En 1995, fui invitada por la Maya Society en Minneapolis-St. Paul, a dar una conferencia de los mayas. Mi anfitriona, Nancy Dell Lund, se ofreció amablemente en llevarme a Morehead cuando estuve allí. Era un hermoso pueblito a la vera del río, con muchas de las casas originales todavía en pie. La persona del archivo en la suprema corte local fue de lo más de eficiente; nos platicó cuales casas estaban allí cuando mi abuelo estuvo. Me dio además un mapa para localizarlas. Hasta pude encontrar el viejo hotelito, hoy día un restaurante muy elegante, que debió ser en donde mi mamá nació ya que no habían hospitales en aquel lugar y tiempo. En una vieja librería encontré dos mapas de Moorehead, hechos en 1800s y que muestran el aserradero que construyó mi abuelo.

Recuerdo que mi mamá me contaba acerca de la vieja plantación donde vivieron en Carolina del Norte, que tenía dos salones, uno para la familia y el otro para visitas. El gran comedor no estaba al lado de la cocina. Un corredor cubierto de flores lo conectaba con la cocina al aire libre, lo que era para evitar las estufas de madera candente de calentar la casa y también para protección contra incendios.

Tenían una buena variedad de comida rica, galletas, pasteles y cuanto les hacía su moreno cocinero a quien quisieron mucho.

Una de las historias que me contaba mi mamá de cuando era niña, fue de cuando tenía seis años y un canto muy fuerte la despertó. Se levantó en camisón y todo, salió a la baranda de arriba, y miró a una multitud de gente marchando en ropa blanca y con capuchas llevando antorchas. Le dio mucho miedo. Esto era el Ku Klux Klan que venía a quemar las casas. Afortunadamente no se detuvieron en la casa de mi mamá.

Durante la Guerra Civil, mi tatarabuelo era el Comodoro Foote, quien estaba a cargo de la Flota de la Unión en la Costa del Atlántico. Por el lado de mi papá, mi abuelo, Harry Irving McCann y su esposa, Delila Maxson (Lila) vivían en West Liberty, Iowa. Mis tatarabuelos, John y Mary McCann, llegaron de Londonderry, Irlanda, por ahí de 1819 o 1820. El escudo de armas de los McCann (que anteriormente se conocían como MacAnna), es un escudo entrecruzado con un jabalí rojo.

Mi tatarabuela Sarah Hemingway, la mamá de mi abuela Lila, llegó de Inglaterra y se casó con Helan Kirts Maxson. Mi trastatarabuelo Jonathan Maxson vino a las Colonias antes de la Revolución y peleó con George Washington durante la guerra, y se quedó con él todo ese terriblemente helado invierno en Delaware.

Mi trastatarabuelo, John



Mis bisabuelos Maxon



Bisabuelo Helan Kirts



Ada, en su graduación del colegio



Ada, a los 2 años (en el escalón al frente), Will y Vane



Mi 4° abuelo Maxon, hijo de Jonathan de la Guerra de Revolución

Stanclift, quien nació en Connecticut, también peleó con Washington en la Guerra de Revolución. Después, emigró y se estableció en Canadá (en un lugar bellissimo, totalmente silvestre) hasta la guerra de 1812. Él y su hermano estaban a punto de ser reclutados por el ejército británico, pero —jamás con temor— cruzaron el Lago Erie totalmente congelado en lo más crudo del invierno con los oficiales británicos detrás de ellos, con armas de fuego y espadas, determinados a traerlos de regreso, ya fuera “vivos o muertos.” Llegaron justo a tiempo al lado estadounidense. Fue una hazaña muy intrépida y apenas lograron escapar.

Mi gran amor por la naturaleza y por estar al aire libre debo haberlo heredado de aquellos ancestros quienes, en su tiempo, se atrevieron a entrar en territorios entonces desconocidos.

EL GRAN CIELO AZUL



Mis padres no se quedaron por mucho tiempo en Miles City; se mudaron a Butte, Montana, un pueblo minero de cobre y carbón, y después a Helena. La casa en Helena está tan vívida en mis recuerdos que podría dibujar un plano de ella. Mis papás acababan de comprar esta casa de dos pisos en la esquina, y estaban en el proceso de hacerle varias mejoras. A mi mamá no le gustaba ninguno de los papeles tapíz en las habitaciones, así que mis papás iban a ir al pueblo a comprar el nuevo papel tapiz. Le dijeron a su hija de seis años (yo), que podía ir con ellos y escoger el que yo quisiera para mi cuarto. Curiosamente, mi recámara estaba empapelada con un tapiz de color verde oscuro, como los pizarrones. Le pregunté a mi mamá si de verdad podía tener el papel que yo quisiera, y ella me dijo, “sí, claro.” Entonces le dije que me gustaría quedarme con el papel que tenía porque podría hacer dibujos con gis. Ella estuvo de acuerdo. Debo decir que realmente les debo a mis papás el que no truncaran mi creatividad dejándome hacer lo que quería en mi cuarto mientras iba creciendo. Pasé muchos días dibujando felizmente en esas paredes, y hasta me paraba en la cama para poder dibujar más alto.

En Great Falls están mis recuerdos más queridos de la infancia —mis cuates, Kay Hull y Suthers (Suds) Smith, el Río Missouri, las Giant Springs, los cerros de arena, las grandes montañas, las cabras montesas, esos grandes cielos azules de Montana y esos inmensos espacios abiertos. Nos mudamos allá cuando tenía 8 años y viví allí hasta mi segundo año de preparatoria.

Mi primera tarea fue hacer muñequitas de papel. La compañía Jello había sacado una muñequita de papel en cada caja de cartón de las gelatinas, y dentro del paquetito, venía un vestido para la muñeca de la caja. Nosotros pensábamos que la ropa que hacíamos era mucho mejor, así que nos pusimos a hacer una buena cantidad de muñecas y ropa con crayolas de colores (no habíamos avanzado a la



Con nuestras muñecas

pintura todavía) y las enviamos por correo a Jello. Recibimos una carta muy amable del presidente de la compañía agradeciéndonos por nuestras lindas ropitas de muñecas, pero diciendo que sentía mucho el que su presupuesto para publicidad estaba totalmente agotado hasta el siguiente año. Sin embargo nos envió una gran caja de gelatinas, lo cual para nosotros era un excelente pago.

En la primavera llegó la limpieza de primavera. Sacamos todo de la casa. Toda la casa se raspaba y pintaba —suelos, estantes, paredes, todo. Se colgaban los tapetes en los tendedores de atrás y se golpeaban fuertemente con escobas, dejándolos después varios días tendidos al sol. Sacamos todos nuestros muebles de muñecas, y los pusimos debajo de los toldos que proveían los tapetes, y jugábamos a la casita en el patio trasero. Esta era la única época del año en que nos podíamos quitar esa horrible ropa interior de lana que nos picaba tanto, y que teníamos que usar durante todo el invierno. ¡Cuánto la detestábamos! Cuando llegaba la pascua, me compraban todo un conjunto nuevo de ropa —vestido, zapatos, abrigo y sombrero.

Central Avenue, donde vivíamos, no estaba lejos del límite del pueblo, cerca de lo que se conocía como "Sand Hills" (cerros de arena), que cubrían un área bastante grande. Por la noche, algunas veces podíamos oír a los lobos aullar. No se nos permitía subir a los cerros de arena, ni tampoco podíamos jugar con los niños Wolf —de hecho, había unas personas allá que se apellidaban Wolf (lobo) y que tenían muchos hijos. Nosotros queríamos saber cómo eran. Pensábamos que eran unos lobitos. Finalmente nuestra curiosidad nos venció y un día nos trepamos pecho tierra en los cerros de arena. Una vez en la cima pudimos ver a la distancia una cabaña de madera. Pronto salieron de ahí unos niñitos. Tenían caras como niños de verdad y vestían ropas de niños. Entonces supimos que estos niños lobo algunas veces se vestían como nosotros, pero si nos acercábamos a ellos, de repente se convertirían en lobos y probablemente nos comerían.

Mucho tiempo después le preguntamos a mamá acerca de los niños lobo que vivían al otro lado de las dunas. Ella se reía sin parar, aunque para nosotros no era nada gracioso, pero al final nos convenció de que ellos eran niños de verdad y no lobos. De algún modo, esto nos echó a perder nuestra "creencia." Creíamos que éramos muy especiales al saber de lobos que algunas veces se convertían en niños. Habíamos platicado mucho acerca de ellos entre nosotros, y casi habíamos decidido que tal vez no eran lobos malos, sino que podrían ser nuestros amigos y tal vez podrían enseñarnos a hablar "lobo." Después de todo estábamos aprendiendo el lenguaje de señas de los indios Blackfoot, porque el esposo de mi líder de los Blue Birds (una especie de scouts) era guardia en la reservación de los indios blackfoot. Enterarnos que nuestros amigos lobos no eran realmente lobos, fue toda una decepción para dos niños.

Cuando llegó la primavera y yo estaba un poquito mayor, cavé en el patio trasero haciendo unas cuevas. Que no eran tan chiquitas, eran unas cuevas enormes, algunas veces tenían dos o tres cámaras. Esto, por supuesto, significaba grandes pilas de tierra en todo el patio trasero. Mi papá estaba fuera casi toda la semana y regresaba los viernes. Cada vez me decía: "Merle, quiero esa cueva rellena para cuando vuelva la semana que entra." Mis amigos y yo la rellenábamos, pero la siguiente semana estábamos otra vez con lo mismo, pero esta vez una cueva más grande y mejor lograda. De nuevo: "Merle, quiero esa cueva rellena para la semana próxima." La rellenamos, pero empezamos otra que iba de nuestro patio al patio de los vecinos (este niño Sherman, estaba más que puesto también en mis juergas de excavación).

Nuestro siguiente quehacer fue el mejor. Excavamos una enorme cueva en túneles por debajo de toda la casa y salía en nuestro semi-sótano que era de tierra. Había un espacio de unos 120 cm. donde uno se encaramaba a la salida del túnel. Habíamos botado la tierra de la excavación en el patio de Sherman. Ya habíamos construido una chocita de dos pisos cerca de la ventana de mi recámara, que tenía un cable eléctrico conectado a mi cuarto. La entrada a la cueva estaba en esa choza. Podíamos entrar por allí, bajar por el túnel y salir en el sótano de nuestra casa. Pasó mucho tiempo en lo que mi papá cayó en cuenta de cómo era que, cuando me llamaba a entrar del patio trasero, sabiendo que yo estaba ahí en algún sitio, de pronto me aparecía en la casa mientras él seguía parado en la puerta. Bueno, cuando se enteró, me hizo que quitara la entrada de la cueva a la casa. Su razonamiento era que los ladrones podían entrar a la casa de la misma manera. Rellenamos la entrada de la cueva, aunque nunca me hizo sentido, ya que jamás hubieron ladrones. Nadie en el pueblo cerraba sus puertas.

Cuando estaba en el quinto año, y llegábamos a tiempo al colegio durante toda la semana, los viernes nos permitían bajar por el conducto de la salida de emergencia, que bajaba en un cilindro cerrado desde el tercer piso. Me esmeré en nunca llegar tarde. Tan pronto sonaba la campana el viernes, echaba una carrera a la salida de emergencia, de modo que pudiera ser la primera, o casi la primera en la fila. Entonces, cuando me sacaban por abajo, me apresuraba otra vez para arriba y me volvía a formar. Casi siempre lograba bajar dos veces.

Teníamos una cabaña de verano en el Cañón Sun River, y otra en Lake Five, un pequeño lago cerca del Lago McDonald en el Parque Nacional Glacier. Mi hermano Irv y yo, teníamos caballos y nos fascinaba montarlos a pelo. Aquí fue donde aprendí a amar las montañas. Las colinas de Sawtooth estaban justo detrás de

nuestra cabaña. Muchas mañanas, muy temprano, podía ver una o dos hermosas cabras montesas blancas en un risco, a unos 30 metros sobre de mí.

Yo quería llegar a la cima de esa montaña tan empinada, pero la subida era casi vertical. Un día, cuando cabalgábamos al pie de la colina, se me ocurrió que podríamos escalarla. Mi hermano Irv y yo amarramos nuestros caballos en unos árboles en la base de la montaña y comenzamos a subir. Mínimamente puedo decir que esto fue tarea difícil. En algunos momentos hasta tuvimos que deslizarnos en plataformas de granito para encontrar otra saliente donde poner los pies para seguir trepando. En un momento dado debimos gatear por las rocas salientes hacia una caverna donde pudimos ver la luz del otro lado. A medio camino adentro, nos encontramos con una trinchera de zorros de apenas unos días de nacidos, y nos hubiera encantado quedarnos a jugar con ellos, pero nos dimos cuenta que la mamá zorro podría regresar en cualquier momento.

Finalmente caímos en cuenta que nunca llegaríamos ni cerca de la cima, y comenzamos a preguntarnos cómo le haríamos para bajar. Eso fue todavía más difícil que la subida. Hicimos pequeñas fogatas de pasto seco como hacían los indios, para mandar señales de humo con la esperanza de que algún guardia se diera cuenta. No tuvimos suerte. Al final llegamos abajo, mayormente deslizándonos en las asentaderas de nuestros pantalones, sobre las salientes de granito. Era de noche cuando finalmente llegamos a la cabaña. Nuestra madre estaba frenética, aunque aliviada al vernos vivos. El guardabosques había estado buscándonos por todas partes, sin jamás imaginarse que dos niños trataran de trepar las Sawtooth. Tuvimos prohibido montar nuestros caballos por muchos días.

El otro sitio al que íbamos por el verano durante muchos años era Lake Five, un pequeño lago cerca el Lago McDonald en el Parque Nacional Glacier. Cuando mi papá venía al lago los fines de semana, remábamos hasta Apgar para encontrarlo. Una vez resultó que el pintor Charles Russell venía también en el tren. Él y su esposa tenían un lugar de descanso muy cerca, se llamaba Bull Head Lodge. Me daba tanta emoción el ver a Charley Russell que hasta se me olvidó que mi papá



5º grado, Merle extrema derecha, escalón de enfrente, Key a la izquierda atrás



Nuestra cabaña en el Cañón Sun River

era el que llegaba. Para mí no había Picasso, Rembrandt, Van Gogh o Miró, sólo Charley Russell, el pintor de los vaqueros. Desde que tengo uso de razón, siempre he querido ser artista. Charley Russell era mi ídolo. Algún tiempo después, cuando nos mudamos de la Avenida Central a la Avenida Cuatro, vivíamos a unas cuantas cuadras del lugar donde él tenía su casa. Solía sentarme en la escalerita de su casa a verlo pintar.

Cuando Charley Russell murió el 24 de octubre de 1926, yo tenía 13 años.



Mi hermano Irving a los 8 años

Todos los negocios y las escuelas cerraron el día del funeral. Dos caballos totalmente negros jalaban la carroza. Mi salón estaba formado en una línea sobre la Avenida Central cuando el cortejo fúnebre pasó. Lloré muchísimo.

Habíamos vendido nuestra casa de la Avenida Central y estábamos construyendo una nueva que no quedaría lista sino hasta justo antes de que comenzara la escuela en otoño. Se suponía que podríamos quedarnos en nuestra casa de la Avenida Central hasta que acabara la escuela, y luego nos iríamos a la casa del lago. Mi papá había tenido que ir a Chicago. Justo después de que se había ido, la gente que había comprado nuestra casa la quería de inmediato, pero todavía quedaban dos semanas de escuela. Mi papá le dijo a mi mamá que nos alojara en el Hotel Great Falls,

el mejor que había, hasta que acabara la escuela. No me podía imaginar lo que era vivir en un hotel. ¿Qué pensarían mis amigos? Mi hermano y yo convencimos a mi mamá de mudarnos mejor al campamento de remolques. La convencimos de que iríamos a comprar todo lo que necesitaríamos en la tiendita del campamento, lo que sería de todos modos muy bueno de tener a mano, ya que a todos nos encantaba ir a acampar, y allí saldría mucho más barato. En esos días no habían moteles, ni lugares bien para acampar. Solamente campamentos de remolques que tenían áreas comunes como: cocina, mesas para comer, y servicios de bañeras y escusado. Cada quien traía su tienda de campaña, sus sillas, sus mesas, su linterna, etc.

Nos mudamos al campamento de remolques. Mamá nos llevaba a la escuela en el coche todos los días. No le habíamos dicho nada a mi papá. Llovió cada uno de los días que estuvimos allí. Era aburridísimo no poder hacer nada con la lluvia, así que decidí que debíamos poner un show en el que participaran todos los niños del parque. Practicamos todos los días al salir de la escuela. El gran día llegó. Comenzó la función, y allí estaba yo trepada en una mesa dando el anuncio, cuando entró mi papá. Iba furioso, no conmigo, sino con mi mamá por dejarnos mudar al parque del remolques. ¿Qué iba a pensar la gente? Mi hermano y yo pensábamos que era fantástico. Nosotros nos lo estábamos pasando maravillosamente. Nosotros más bien pensábamos, ¿qué pensarían nuestros amigos si viviéramos en un hotel?

Tuve la mejor maestra en mi primer año de secundaria. Su nombre era Helen McLaren. De ella heredamos el amor por la historia y la literatura, y todo eso ha quedado en mí toda la vida. Actuamos muchas obras de teatro, poemas e historias. *La historia de dos ciudades* hizo la Revolución Francesa tan real que podía haber



Pescando en Lake Five



Pintura de Charles Russell

estado sucediendo ahí mismo. Hice un gran dibujo de “La Toma de la Bastilla.” *El ultimo de los mohicanos* fue otra de las historias que actuamos vívidamente.

Lo más increíble que hizo esta maestra fue dejarnos hacer un reporte de la historia de Great Falls, la cual resultó tan bien hecha, que fue publicada en el diario Great Falls Tribune. Mi parte era acerca de “Charles Russell,” así que empecé en “The Mint,” la famosa cantina con molduras de caoba macisa, barandal de bronce en la barra, un reloj que caminaba al revés (de modo que se tenía que leer mirándolo a través de la enorme luna de espejo detrás de la barra), pero lo más importante de todo, era la gran colección de cartas ilustradas y pinturas de Charley Russell.

Era los sábados por la mañana que iba a la cantina, antes de que llegaran los hombres para comer y tomar cerveza. En aquellos tiempos las mujeres no iban a las cantinas. El encargado me saludaba y antes de que pudiera comenzar mi investigación entre los recuerdos de Russell, me sentaba en el inmenso bar departiendo el banana split más grande que había visto.

Más tarde, cuando toda la clase había terminado el proyecto, fue publicado en el periódico, con mis dibujos a color en primera plana, escenas de vaqueros por los cuatro lados.

Era tan frío el invierno en Great Falls, que siempre tenía mis mejillas y manos heladas. Un caminito era paleado en plena calle para que los niños pudiéramos caminar a la escuela y los hombres al trabajo. Usaba yo guantes forrados de piel, capa forrada de piel y botas forradas de piel. Dejábamos nuestras botas en los lockers, y nos poníamos las pantuflas para estar en clase. Cuando llegó a estar a 50 grados bajo cero, más el factor de congelación por el viento, mi madre dijo “hasta aquí.” No se quedaría ni un invierno más en Great Falls. Nos cambiamos a Seattle.



Merle a los 17, Preparatoria Roosevelt, Seattle

UNIVERSIDAD DE WASHINGTON Y LA DEPRESIÓN



Cuando nos mudamos a Seattle, fui a la preparatoria Roosevelt en mi primer año. En mi último año, obtuve empleo como diseñadora en la Sheetwood Company de Washington. Diseñé papel para escribir cartas, tarjetas, bloques de notas y libretas —todo era fabricado en celulosa (hojas de madera). Estaba ganando bien, o eso decía mi contrato. Durante la depresión, cualquier cosa era buena. Después de trabajar seis meses sin recibir mi pago, me informaron que estaban en banca rota, pero me pagarían con hojas de madera. ¿Qué podía hacer? Nada. Así que tomé las hojas de madera; todo un clóset lleno, de arriba a abajo.

Afortunadamente, mi papá todavía tenía su empleo, pero muchos de los papás de mis amigos no. Durante la depresión, en Seattle, no estaba permitido que las mujeres trabajaran, porque sería quitar el puesto a un hombre que podía tener una familia que alimentar.



Mi papá

Mi mamá era una excelente cocinera. Sabía cómo hacer una comida gourmet con los cortes de carne más baratos del mercado. Nos fascinaba su hígado encebollado, su corazón relleno al horno, sus rollitos tipo Parker House que eran simplemente los mejores; los comíamos frecuentemente.

Me encantó la Universidad de Washington, a donde fui después de prepa. Estaba en el programa de diseño, del cual una parte era gráfico, lo mismo que en arquitectura. Esto era fácil para mí, porque era visual, no como álgebra y trigonometría, que me costaban muchísimo trabajo. Los gráficos me ayudaron mucho

después, cuando dí clases en la Academia Militar de San Rafael, en donde daba dibujo técnico para ingeniería, y arte.

Mi primer período de lo que se dice: ganar dinero, fue precisamente en mi primer año de la universidad. En aquellos días, cada baile tenía elegantes programas, mientras más distinguidos y elaborados, mejor. Diseñé e hice programas para casi todas las fraternidades y hermandades y bailes de graduación en el campus. Muchos de ellos los confeccioné en ante blanco, grabado con el escudo de la fraternidad en oro y cerradura con borlas doradas. Algunos los hacía en madera, cortados con la silueta de un granero y pintados en rojo. Una vez hice 1500 programas de madera para el baile de graduación de secundaria, los pinté con aerosol verde, y los terminé en el último momento. Estaba tan cansada,



Mi mamá a los 93

que simplemente ya no pude llegar al baile. Por suerte mi pareja para el evento entendió. Durante varias semanas estuve escupiendo pintura verde. En esa etapa del negocio, no sabía que debía haber estado usando mascarillas especiales y un aditamento especial para la pintura en spray, que succionaba el aire contaminado. Afortunadamente de eso no me sucedió nada serio.

Mi mejor momento de ingreso económico, lo tuve en la Universidad. Sin embargo no fue hasta que me hice artista de pintura de escaparates. Vi un anuncio en el diario, buscando un pintor de hoja de oro en vitrinas; era para las dos ventanas de cinco metros en el centro, en el edificio de Fourth and Pike para la compañía de seguros de vida George Washington Mutual. Iban a dar el puesto al mejor postor, quien lo hiciera más barato; las propuestas iban a abrirse el siguiente lunes. Entonces era un jueves. Dibujé un diseño que me pareció bueno. Llamé a varias compañías de pintura de publicidad, y pregunté en cuánto saldría pintar un anuncio de ciertas dimensiones que tendría un gran caballo en él. Después que me dieron los estimados, mandé mi propuesta con mucho menor costo.

Nunca había trabajado en hoja de oro, sola, pintando anuncios en ventanales. Fui a la Fuller Brush Company y compré bastantes paquetes de hoja de oro, la brocha con la que la aplicaría, y demás cosas que necesitaría. Regresé a casa y practiqué en las ventanas hasta que supe cómo hacerlo. Esperé. El lunes sonó el teléfono con la llamada avisándome que tenía el puesto.

Todavía era yo una niña flacucha, que parecía más de preparatoria que universitaria. La gente de la compañía de seguros aparentemente pensaba que era yo la hija del pintor de anuncios que simplemente estaba llevando el equipo. Ya



Wally, Merle e Irv, nuestros días en la Universidad de Washington

llevaba un buen rato trabajando, cuando uno de los oficiales entró a preguntarme a qué hora llegaría mi padre. Le dije que yo era la pintora de anuncios, Merle McCann. Ellos habían asumido que Merle McCann era un hombre, jamás les pasó por la cabeza que podría ser una mujer, o viéndome ahí sola, una niña. Parecía que no sabían qué hacer, y como se veía que me estaba yendo muy bien, y estaba avanzando en el trabajo, se fueron, supongo para decidir qué hacer. Cuando terminé todo cuatro días después, estaban impresionadísimos y encantados. Tenía yo un galante George Washington en un enorme caballo que desplegaba un blazón a lo ancho de las dos vitrinas, con el nombre de la compañía. Eso fue, por mucho, el trabajo mejor pagado que hice estando en la universidad. Los oficiales de la compañía de seguros estaban tan complacidos, que en cuanto terminé el trabajo, me llevaron a comer a un elegante restaurante.

Ahora ya era yo una verdadera pintora de anuncios. Con este escaparate como referencia, ya podía hacer anuncios en hoja de oro con imágenes en muchos ventanales de la University Avenue cerca del campus. Una que recuerdo particularmente era en la ventana de una peletería en la que hice un oso grizzly en oja de oro y pintura marrón. Me las arreglé para continuar en la escuela, aunque me preguntaba cómo le iba a hacer ahora que tenía tanto trabajo entre la pintura de anuncios en escaparates y la hechura de los programas de los bailes.

CAMPAMENTOS



Pasé los veranos de mi estancia en la Universidad de Washington, siendo consejera del campamento Tapawingo, un campamento privado en el Estrecho de Juan de Fuca, en el sitio en donde se llevó a cabo el último *potlatch* de los indios salish de la Costa Noroeste.

Un *potlatch* era una elaborada ceremonia en la que se daban cantidades increíbles de regalos. El jefe indio que ofrecía el *potlatch*, daba tan pródigamente como le era posible, aunque para tal efecto, muchas veces hasta tenía que pedir prestado a toda su parentela. Cada indígena que recibía regalos en un *potlatch*, estaba obligado a ofrecer un *potlatch* algún día, en el cual tendría que dar más regalos de los que se habían dado en el *potlatch* al que había asistido. Todo aquello estaba rebasando límites; algunas tribus estaban quedando empobrecidas. El último *potlatch* de los Salish que se llevó a cabo en nuestra playa fue prohibido por la ley unos cuantos años antes de que se construyera el campamento Tapawingo. Desde entonces se reestableció, pero usualmente por unos cuantos días de duración solamente, y sin requerir que se den y reciban regalos recíprocamente.

El Campamento Tapawingo pertenecía a los papás de mi buena amiga Mary Gates (ahora Mary Ashby). Habían veinte caballos para montar. Cada niño podía montar diariamente. Esta era también una granja de labor con ganado, pollos, cerdos y un granero grande que tenía un tapanco de heno donde era muy divertido jugar. El campamento también tenía varios botes en los que poníamos canastas para atrapar cangrejos, e íbamos por toda la costa donde tenía su casa de verano la famosa antropóloga que estudiaba a los indígenas de la Costa Noroeste, la Dra. Erna Gunther, mi profesora en la Universidad. Mis clases de antropología, aunque se enfocaban en los indígenas de la Costa Noroeste, fueron de gran beneficio cuando estudiaba las



Mary Gates Ashby y Merle



Campamento Tapawingo

comunidades indígenas de Mesoamérica, como la preparación de alimentos.

Cuando me iba a graduar de la preparatoria, muchos de mis amigos y yo nos íbamos en bicis a Victoria, y de ahí por toda la isla hasta Nanaimo y Qualicum Beach y a los lagos del interior; todo era bosque virgen. Habían hostales a un día de camino uno del otro; ahí nos daban una sábana limpia, una choza, cena y un buen desayuno por la mañana. Me fascinaban estos recorridos en la naturaleza en donde no veíamos ni un alma en todo el día. Los caminos que tomábamos estaban flanqueados por todo tipo de hermosas flores de primavera, y ocasionalmente veíamos un zorro, una liebre u otro animal pequeño.

Uno de los paseos más grandiosos que hacíamos era al Olympic National Forest y un viejo rancho cercano a Port Angeles llamado la propiedad de los Forsene. De ahí iríamos a Sol Duc Hot Springs y al Lago Quinault. Antes de que comenzara el campamento, algunos íbamos allá al empezar la primavera y acampábamos a la orilla del lago en la nieve. Los guardabosques habían construido refugios adyacentes a sus cuarteles a lo largo del camino, y ahí podíamos acampar todas las noches, ya que estaban a un día de camino uno del otro. El campista anterior siempre dejaba madera seca para la siguiente persona, pero también dejaban guardadas algunas cosas que usarían en su viaje de regreso. Nadie jamás hubiera pensado en tomar algo que no le perteneciera, y siempre dejábamos también leña seca para el siguiente que llegara. Quemábamos lo que más podíamos de nuestra



Paseo de domingo en el Campamento Tapawingo

basura, y cavábamos lo más profundo posible para depositar lo que no era posible de quemar. Las latas las atábamos a una viga, y las recogíamos al regresar para llevárnoslas y tirarlas en los contenedores apropiados. Hoy día, tienen empleados especiales que se dedican a ir de un lugar a otro recogiendo la basura que los descuidados campistas dejan atrás. Ese método de tener consciencia de los alimentos y la basura se convirtió en mi modelo cuando construíamos campamentos en los sitios arqueológicos de la selva.



Marion Ibach, mi amiga por más de cincuenta años

Varios años después, yo misma arrendé el campamento Tapawingo durante el verano de dos años, cuando mis hijos Bárbara y David eran chicos. Entonces, mi amiga de toda la vida, Marion Ibach llegó como enfermera del campamento, y ella también traía a sus dos hijos Chris y Jim. Fue Marion quien me enseñó a tomar todas las precauciones y cuidados de salud y primeros auxilios que mantuvieron siempre sanos a mis trabajadores en la selva del Petén.

MATRIMONIO Y DIVORCIO



En diciembre de 1936, me casé con Wallace McNeill Greene (Wally) con quien había estado saliendo desde la Universidad. Fui muy feliz durante los trece años que duró nuestro matrimonio, ya que no sabía que estaba teniendo romances con diferentes mujeres. Poco a poco se hizo evidente que nuestro matrimonio no podía continuar. Pasamos muy buenos tiempos, especialmente pescando en las áreas silvestres de Idaho y haciendo caminatas por el Olympic Forest.



Wally, Merle, David y Bárbara



Merle, Bárbara y David



Bárbara a los 2 años, con Tucker

UNA NUEVA VIDA Y NUEVAS AVENTURAS



Los niños y yo nos mudamos a Greenbrae, California y así comenzamos una nueva vida. David fue a la Academia Militar de San Rafael por dos años y Barabara fue a la escuela Kentfield. Allí en Kentfield construí una nueva casa en la que pasamos muchos años felices.

Fue en la Academia Militar de San Rafael donde dí clases, que conocí al director Bob Robertson (Lawrence W. aunque todo el mundo en la escuela lo llama Robby) con quien me casé unos años después. Estaba dando clases de dibujo en ingeniería y llevando a los cadetes a México durante el verano. Entonces, en el verano de 1954 fuimos con los niños y unos amigos a San Miguel de Allende, en México, al Instituto Allende de Arte. Mientras tomé un curso de fotografía, los niños tomaron talleres de plata y hojalata. Ahí fue como aprendí a revelar e imprimir mis propias fotografías. En 1959 volví a San Miguel de Allende habiendo sido aceptada por la Universidad de Guanajuato para recibir mi título de MBA, el cual obtuve en 1964.

Estaba en clases de pintura mural y óleo, con uno de los profesores mexicanos



Bárbara en la escuela Kentfield



David en la Academia Militar de
San Rafael



Merle en 1952

más destacados, James Pinto. Acuarela la tomé con Fred Samuelson; tomaba también historia de México y español. Era una escuela estupenda. Tenía la atmósfera perfecta para desarrollar la creatividad en la pintura. Uno de los requerimientos de la maestría, era que si tomabas pintura mural, entonces debías realizar un mural en alguna pared de la escuela. Esto significaba el preparar la pared, aplicar la primera capa de yeso burdo, luego la capa de caliza, moler los pigmentos diariamente, llevar el dibujo a la pared en “una sólo pieza” (lo que significaba “en un sólo día”), justo como lo hacían los griegos en la antigüedad, y terminarlo con barniz.

Esto ha sido desde entonces muy útil para mí al trabajar con los murales mayas, ya que he podido determinar la manera en que algunos murales fueron elaborados, ya fueran simplemente pintados sobre las paredes, o verdaderos frescos.

Hice muchos amigos cuando estuve en San Miguel de Allende; especialmente

recuerdo a Doris Jason y a Waldemar Sailer. Wally se convirtió en profesor de la Escuela Internacional de Arte en Bangkok, y es un historiador de arte que ha escrito varios libros en arte tailandés. Ha hecho calcas de cuatrocientas de las “Huellas de Buddha” en Tailandia, Sri Lanka y Myanmar, durante más de 23 años. Las más antiguas son de Sri Lanka y datan de hace 2100 o 2200 años.

Sailer fue encomendado para hacer un libro conmemorativo del 60 aniversario de Su Majestad la Reina Sirikit, en donde se reprodujeran muchas de las hoy famosas Huellas de Buddha. Sailer me invitó a Bangkok para entrevistarnos con los representantes de la reina para convencerlos de la importancia de que el libro no fuera más pequeño de un formato de 13 x 18 pulgadas, de manera que se pudieran apreciar las inscripciones. Él le había dicho al comité que yo debía estar allí como “la máxima autoridad mundial en calcas.” El libro se imprimió como Sailer dijo, y para la Exhibición de la Reina hizo una reproducción de la huella más grande en hoja de oro de 24 kilates.



Waldemar Sailer ayudándome en Yaxchilán

EL PETÉN



Durante mi estancia en el Instituto Allende, una amiga y yo decidimos tomarnos unos días para ir a Guatemala y visitar Tikal. Empacamos ropa suficiente para un fin de semana, y volamos desde la Ciudad de México a la Ciudad de Guatemala, y de ahí a Flores, en una avionetita llena de cajas de Chivas Regal, en donde apenas había suficiente espacio para nosotras dos y no tenía ventanas. El whiskey de contrabando se descargaba en Flores y la avioneta se volvía a llenar con “chata,” un helecho que se usaba para las casas funerarias en Los Angeles. Solamente al desembarcar de la avionetita en Tikal, mi amiga vio una víbora, se dio media vuelta y se trepó de vuelta en el avión para regresar a casa lo antes posible. Sin embargo ninguna víbora me iba a molestar en lo más mínimo, así que recuperé mi maleta y saqué mi ropa, la empaqueté en mi backpack y me aventuré a entrar en el sitio. Por fortuna para mí, justamente necesitaban un dibujante, así que me quedé allí el resto del verano. Comencé en 1961 y fui la número 71 en el Proyecto Tikal. Podría terminar la escuela más adelante.

Tikal, el sitio maya más grande y misterioso, se encuentra en la Reserva Nacional de 222 millas al norte del Petén, un distrito de Guatemala. Una enorme área en donde habitan el jaguar, el ocelote, el pecarí silvestre, el venado, el puma, el mono, el quetzal, la guacamaya, el águila, la víbora y muchas especies más que están protegidas. Los cinco templos de Tikal que se conectan entre sí por *sacbé*s (caminos de caliza hechos por los mayas), sobresalen por encima del dosel de la selva con caobas en segundo crecimiento que sobrepasan los treinta metros de altura. Tan densa es la vegetación que devora todo. Este sitio es mundialmente reconocido por sus templos únicos, altísimos, su multitud de finas estelas, y sus cerámicas bellamente pintadas.

Patrick Culbert y Peter Harrison eran los directores de campo. En mi primer año allí estuvieron, además de Pat y Peter, Bill Haviland, Hans-Ruedi Hug, Hattula Moholy-Nagy, Wilbur Pearson, Christopher Jones, Edward Hinderliter, Vivian Broman y Dennis Puleston, quien murió después electrocutado por un rayo cuando estaba en la parte superior de la escalinata del Castillo de Chichén Itzá, sólo tres días



Templo 1 de Tikal



Pat Culbert, director del Proyecto Tikal cuando estuve allí

después de que había dado una conferencia en la Tercera Mesa Redonda de Palenque en 1978. Otros que trabajaron en Tikal cuando yo estuve allí fueron Stanley Loten, Kent Day, Marshall Becker y Helen Trick. Muchos de ellos son buenos amigos míos hasta la fecha, especialmente Peter Harrison y Patrick Culbert, quienes hicieron de esta neófita una mayista para toda la vida.

Tengo tantos recuerdos tan gratos de los templos con sus torres, lugares espléndidos, selva, selva, selva. Me fascinaba, especialmente el entusiasmo y la

dedicación de todos los que trabajaban allí. En esos primeros años en Tikal, cada nuevo hallazgo era una maravilla, acerca de la cual la especulación se alargaba en discusiones hasta altas horas de la noche en la sala. Todos estábamos llenos de emoción por nuestros logros. Pasamos mucho tiempo discutiendo los misterios de Tikal con arqueólogos que dedicaban a ello su vida. Tuvo que haber sido uno de los tiempos más felices de mi vida, y con toda seguridad eso sí, fue un parteaguas.

Hoy día, cuarenta y seis años más tarde, se sabe mucho más acerca de los mayas, cuando las discusiones tienden a ser más comparativas que especulativas, basados en lo que se sabe hoy comparado con lo que se sabía décadas atrás. Con la arqueología mayista tan a la vanguardia en esta época, se necesitan en los sitios disciplinas de diferentes géneros para entender mejor lo que allí ha sucedido.

Mi primera tarea, fue hacer detallados dibujos de las esculturas del techo del Palacio de Maler en la Acrópolis Central. Eso fue pura delicia, trabajar en lo alto de los andamios sobre una edificación con más de 1300 años de antigüedad. Ahora que el Palacio de Maler se ha reconstruido, ya no es el mismo. Me gustaba más con sus piedras cayéndose, todo cubierto de moho, con sus oscuros interiores que olían fuertemente a la humedad de los años que guardaba celosamente los secretos de su noble pasado, trayendo consigo silentes memorias de los señores y sus familias que allí vivieron. Simplemente estaba cautivada.

Vivíamos en las chozas de mosquitero cerca de la aguada, en donde también vivía un cocodrilo. Un día,



Peter Harrison, director del Proyecto Tikal cuando estuve allí



Personal de Tikal en 1962: Merle, Pat, Chris Jones, Bill Hinderliter, Peter, Hans-Ruedi Hug

uno de los guajolotes del campamento se acercó demasiado a la orilla, cuando aquella criatura tan poco amigable lo agarró de una pata. Uno de los trabajadores que estaba casualmente allí cerca, sujetó la otra pata del ave y jaló. La guerra comenzó y, naturalmente, cenamos guajolote rostizado esa noche.

Nos divertíamos muchísimo en Tikal después de trabajar. Nos subíamos a la Plaza Central cuando había luna llena, poníamos una grabadora con música en el Templo I, y trepábamos al Templo II a bailar a la luz de la luna. La acústica era perfecta.

Habían muchos chultunes en Tikal, y hacíamos grandes debates acerca de qué uso se les daba —pilas de agua, almacenar maíz, u otras cosas. Una noche nos fuimos volados en el jeep (manejando Peter) bajando por el camino y adentro del bosque hasta donde estaba un enorme chultún. Bajamos a una increíble caverna subterránea de varios recintos (me recuerda algunos lugares que he visto en



Palacio de Maler en 1962

Capadocia, Turquía). Una vez que bajabamos al primer recinto, al que se entraba pasando sobre una jamba de la puerta, había otro recinto mucho más grande, de forma un tanto cuanto circular, con estrechas gradas de unas 15 pulgadas de altura, que estaban en todo el rededor del espacio. Habían unos pequeños nichos en los muros en donde supongo que los mayas ponían sus lámparas de aceite. Pusimos velas allí, y nos sentamos a beber unos roncos hasta que resolvíamos todos los enigmas de los mayas. Todo el interior estaba encalado, de modo que salíamos de ahí como si hubiéramos estado en un barril de harina.

Durante mi primer año en Tikal, principalmente me dediqué a registrar arquitectura y absorber como loca todo cuanto podía de mis eminentes profesores acerca de cómo convertirme en mayista. También hice algunas pinturas en acuarela, siendo la mejor una de la Acrópolis Norte antes de que tiraran el Templo 32. El original de esa pintura hoy pertenece a Peter Harrison, así como también algunas otras de mis pinturas de Tikal.

Comenzando en la selva de Tikal y siguiendo con los casi cien sitios en los que he trabajado, desarrollé mi técnica de registro de monumentos por medio de calcas, un método utilizado por los antiguos chinos antes de que se inven-



Peter Harrison



Mi pintura de la Acrópolis Norte antes de que el Templo 32 fuera desmantelado

taran los periódicos. Sobre todo, he hecho más de 4000 calcas, usando diversos tipos de papel y técnicas diferentes. Con el tiempo se han reproducido en cientos de publicaciones, en varias películas de televisión, en CDs y en Mesoweb, FAMSI, Tulane y otros sitios web.

TÉCNICAS DE CALCAR

He desarrollado dos técnicas propias, una usando tinta sumi de consistencia más espesa, y la otra usando pintura de aceite (óleo) Windsor Newton mezclando negro con siena quemado. El usar una u otra era determinado por varios factores. En la selva profunda, como en el Petén, era necesario usar la técnica del óleo, porque en su mayoría, los monumentos era muy grandes y estaban cubiertos de moho que tenía que ser quitado con mucho cuidado, dejando un papel humedecido que no absorbía la tinta sumi que es soluble en agua. También tuve que usar la técnica del óleo en la tapa del Sarcófago de Palenque debido a sus dimensiones, casi 2.45 x 3.65 metros. Hubiera resultado imposible empalmar los lienzos sin que la tinta se escurriera sobre la lápida. En el Altar 5 de Tikal, también tuve que usar óleo porque fue hecho en tela, que no absorbe la tinta. En los grabados más delicados, como el trono del Templo XIX de Palenque, se usó un papel arroz muy fino. El trabajo delicado se puede hacer tanto en óleo como en tinta sumi.

Las grandes hojas de papel arroz grueso (1 x 2 m) se sujetaban a la piedra



Calca de la Estela 31 de Tikal

experiencia. Para llegar al cuartito, donde acababan de quitar el escombros que lo rellenaba, tenía yo que cruzar por un estrecho tablón de madera con todo mi equipo a cuestas sobre un vacío. La única luz en esa caverna era lo que pasaba por la abertura de la entrada, de modo que tenía que esperar hasta que mis ojos se acostumbraban a la poca luz, y me mantenía de espaldas a la entrada para no deslumbrarme con la luz. En tiempos antiguos se había encendido un fuego ceremonial en la base de la estela para “matarla.” Esta bella estela que retrata a Siyaj Chan K’awiil (Cielo Tormentoso), el 11° Gobernador de Tikal, es una de las más finamente trabajadas en toda el área maya.

Una de mis calcas favoritas es la del Altar 5. Presenta a dos figuras cara a cara; la de la izquierda es Jasaw Chan K’awiil, la figura en la Estela 16 que acompaña al altar, el vigésimo sexto gobernante de Tikal. La figura de la derecha puede ser

con cinta para ductos. En ambos métodos, se humedecía luego el papel usando una brocha ancha de pelo de castor, después se golpeaba para que quedara bien pegado a la piedra, con un pañuelo suave de señor, o con varias toallitas de American Airlines (quienes generosamente nos las regalaban). Entonces, cuando el papel estaba casi seco, pero no del todo, se ponía la tinta usando una torunda de algodón cubierta en seda, tamando la tinta suavemente de la paleta en la que previamente se había untado con una espátula. Finalmente cuando el papel estaba totalmente seco, se quitaba de la piedra.

Con el método de pintura de óleo, la mezcla de pintura se untaba finamente sobre un pedazo de estaño, y entonces, con mi pulgar, presionaba suavemente en el estaño con el óleo y de allí sobre el papel arroz o la tela, subiendo gradualmente la intensidad del color hasta alcanzar el efecto deseado. Esto tomaba una eternidad, ya que se necesitaban miles de impresiones con el pulgar para completar un simple monumento. Con ambos métodos, si se hacía correctamente, no quedaría tinta en la parte posterior pegada a la piedra.

El hacer las calcas de la Estela 31 de Tikal mientras que todavía estaba en el Templo 33-2° era toda una

alguien de Calakmul. Se piensa que el argumento tiene que ver con la exhumación de los huesos de la esposa de Jasaw Chan K'awiil. Como el altar era tan grande, le pedí a Peter que iba a Guatemala por abastecimientos, que me trajera dos sábanas blancas.

Al día siguiente, Peter y yo sujetamos con una cuerda fuertemente amarrada a la orilla del altar, una de las sábanas. Esa reproducción la trabajé al óleo, pero antes pasé suavemente un rodillo por toda la cara labrada de la piedra, para establecer los bordes. A partir de allí procedí a la tardada tarea de oprimir mi pulgar entintado sobre la tela. Solo se han hecho dos calcas del Altar 5, una que está en la Universidad de Tulane, y la otra en el Museo De Young en San Francisco.

Los dinteles de madera en los Templos I y IV fueron los más difíciles de hacer. Eran inmensos. El dintel 4 del Templo IV tiene 180 x 199 centímetros y se encuentra en un techo muy alto. La Universidad de Pensilvania acababa de mandar andamios de acero que podían ajustarse a la altura necesaria. Los trabajadores pusieron los barrotes superiores de modo que pudiera yo trabajar a la altura de mi cabeza, cosa muy difícil por lo grande del dintel. Cuando estaba haciendo esas calcas, a menudo pensaba en Miguel Angel trabajando en la Capilla Sistina en el siglo dieciséis. Al terminar el día, me era prácticamente imposible bajar del andamio y



Calca del Altar 5 de Tikal

a continuación del templo, agarrándome de las raíces y los árboles que salían de entre las piedras. Me encantaba trabajar en la madera labrada, se sentía diferente que la piedra caliza. Como tenía que estar sumamente atenta a cada detalle que aparecía al aplicarle la tinta o el óleo, después fue muy fácil para mí entender las maneras distintas de esculpir que tenían los antiguos mayas.

Además del trabajo diario en Tikal que, para mí era un placer, habían muchos eventos “no arqueológicos” —como tomar un desayuno maravilloso en el pueblo de los trabajadores alguna mañana de domingo; ir a todo lo que daba el jeep para la llegada semanal del avión; jugar con nuestra mascota que era un mono aullador tan listo, que podía abrir el cerrojo de la bodega de cerámica (una vez vació todas las botellas con los líquidos que se empleaban para restaurar las vasijas); o simplemente mecarme en la hamaca, visualizando lo increíble que debía haber sido para los antiguos vivir allí, claro, sin tener que considerar problemas como el refrigerador, el coche, la luz eléctrica; sin televisión, ni computadoras ni teléfonos. Pensándolo bien, tal vez estaban mejor sin todo aquello. Esto era para mí Tikal.

Había hecho calcas de toda la escultura de Tikal, cuando una mera sugerencia casual cambió el curso de mi trabajo futuro. El Dr. Alfred Kidder, el afamado arqueólogo de la Carnegie Institution, famoso por sus excavaciones en Kaminalhuyú (que significa “montañas de los muertos” en maya quiché) cerca de Guatemala, estaba de visita por Tikal. Estaba fascinado con la manera de registrar esculturas y monumentos en mis calcas y me dijo: “Merle, ¿porqué no recorres los ríos y haces calcas en todos los demás sitios?” Así que, sin pensarlo dos veces, eso fue lo que hice. Me fui a la selva con un par de nativos, y no me molestó en lo más mínimo. Mi primer fondo de trabajo me lo otorgó la *American Philosophical Society*; me dieron mil dólares. El Dr. Kidder fue uno de mis patrocinadores. Ese dinero fue suficiente para terminar un verano completo trabajando en el Petén —mis boletos de avión ida y vuelta, el papel arroz y mi material para las calcas, alimentos para cuatro hombres y para mí, nuestra lancha a motor, y los salarios de los hombres para todo el verano. Hoy día esa cantidad no cubriría siquiera los pasajes del avión. He hecho calcas en más de cien sitios mayas en todos estos años, pero voy a seleccionar algunos de ellos; no podría hablar de todos.

MOTUL DE SAN JOSÉ

Uno de los primeros lugares a donde fui después de Tikal fue Motul de San José, através del Lago Petén de la isla en que está Flores. Tenía que caminar una hora desde la orilla, más aún hasta que logré encontrar el monumento. Habían pasado muchos años de destrucción por un hombre que estaba quemando el área para hacer terreno de siembra de maíz. En aquella ocasión lo encontré oculto a una cierta distancia del camino, por donde tuve que agacharme y llegar a gatas. Estaba ya en proceso de ser robado. Vi que la estela ya tenía cortes, y cerca había una lata de aceite y sierras usadas, lo mismo que el mango roto de una hacha. Sabía que los ladrones regresarían, pero como era el medio día, pensé que tendría suficiente tiempo para hacer la calca. Si hubiera sabido que unos cuantos años después uno de los hombres de Ian Graham iba ser asesinado a tiros por los saqueadores cuando los sorprendió en pleno robo, no hubiera estado tan emocionada de hacer aquella calca.

LA LIBERTAD A SAYAXCHÉ

De todas las veces que pasé entre Flores y Sayaxché a través de La Libertad yendo a los sitios del Petexbatún, fueron experiencias tan únicas que debo hacer memoria de, al menos, uno de esos recorridos. La primera vez, claro, fue la más extraordinaria, única. Nos tomó muchísimo tiempo dejar Flores. De hecho pasamos seis veces por la misma calle en San Benito, una de esas veces para recoger a tres señoras que tardaron cuarenta y cinco minutos empacando sus maletas, además de recoger unos sacos de 100 libras de maíz que eran, literalmente, aventados al techo junto con todo tipo de cosas, luego de vuelta a Flores a recoger más pasajeros que tampoco habían empacado y, finalmente, dos horas después, salimos para Sayaxché. El camión, que en realidad era más bien un motor rodeado de la más mínima y rudimentaria carrocería, cascabeleaba con singular alegría. De hecho, el chofer tenía que aferrarse fuertemente a la palanca de velocidades para evitar que se saltara de una velocidad a otra. No había techo, sino una linterna amarrada de un lazo sujetado desde el asiento del chofer. Debe de haber tenido un modo de prenderla y apagarla, pero a mí me dejó con la duda.

A modo de piso, habían dos tablonces de madera al centro del vehículo. Una señora sujetaba a su bebé sobre las maderas cuando tenía que hacer popó. Los niñitos pequeños simplemente hacían pipí entre los tablonces. Otra mujer tenía una canasta con una mamá gallina sentada sobre sus huevos y con una docena de polluelos a su alrededor. El señor detrás de la señora llevaba un gallo que saltó sobre la mamá gallina. Plumas volaron por todas partes, y pollitos piando salieron aventados por los aires.

En La Libertad, un pueblecito a medio camino, las calles eran de pasto, las casas todas muy parecidas —la mayoría de techo de guano, y una que otra con techo de lámina acanalada. Muchas estaban encaladas, pero algunas estaban pintadas de un verde París que enfermaba, pero del que ellos parecían gustar mucho, ya que las puertas estaban casi todas pintadas de ese color, lo mismo que las molduras verticales de las ventanas. Un señor estaba encalando su casa con un atado de tela amarrado en la punta de un palo, sin brocha. Conforme nos acercábamos a la puerta en donde el chofer iba a entregar tres tapas de cilindros de aceite automotriz en las que se cocinan los tamales, pude ver que al menos la pared de atrás estaba toda tapizada de periódicos viejos. Entre las casas, las cercas eran palos atados con hiedras para mantenerlos en su derechos y en su sitio. Varias de las cercas eran el chasis inferior de viejos y oxidados tractores de la FYDEP, que era la agencia gubernamental a cargo del Petén.

Habíamos recogido a dos vendedores, uno que vendía peines baratos, y el otro tenía una bolsa llena de jabón y polvo facial. Ninguno tenía mucha suerte en sus ventas. Uno de los pasajeros entró a una tiendita, de la cual salió con un zapato plástico de niño. Aparentemente había comprado un par en su viaje anterior y, o había dejado uno de los zapatitos allí, o su niña había perdido el zapato antes de salir de la tienda.

Pensé que dejábamos atrás el pueblito cuando pasamos una pequeña panadería. Una mujer tenía que tener un pan de allí, así que el ayudante del chofer se bajó y le trajo uno, pero entonces otro señor decidió que él quería dos. Los compraron y ya nos íbamos, pero ¡ay no! Una señora decidió que quería una caja entera de pan, así que nos echamos en reversa, conseguimos los panes, y sí,

finalmente nos pusimos en camino. Niñitos en solamente una camiseta, o de plano sin nada, corrían por todos lados emocionados de que el camión estuviera en el pueblo. A poco de haber dejado el lugar, nos topamos con lo que a primera vista parecía un pueblo de juguete. Era el cementerio del pueblo. Sobre cruces de tres patas, techitos puntiagudos corrugados, todos iguales.

SAYAXCHÉ

Nuestro campamento base por varios años fue la casa de Julio Gadoy en Sayaxché, en la rivera del Río Pasión. Ahí guardábamos nuestras cosas entre temporadas, en lugar de cargarlas en el regreso hasta Flores. Julio se convirtió en un gran amigo con quien pasamos muchas veladas tranquilas platicando con él y con otras gentes interesantes que iban rumbo a Seibal, Dos Pilas u otro de los sitios a lo largo del camino.

Allí fue cuando conocimos por primera vez a Trudy Blom. Este hotel en la selva tenía solamente un baño, y estaba en la terraza. Como no servía el cerrojo, había un letrero por dentro que avisaba a la gente no cerrar la puerta para que no se quedara atrapado. Durante la noche, mi esposo Bob y yo escuchamos gritos y un florido



Sayaxché, El Petén

léxico como de oficial militar. Por la mañana nos enteramos que era Trudy quien se había quedado encerrada en el baño. Esa misma mañana la conocimos. Trudy y yo terminamos siendo muy buenas amigas. Ella vino a muchas de nuestras Mesas Redondas en Palenque, siempre vestida como para ir a un baile, elegantísima, con muchas joyas.

Una vez que Linda Schele, Mario León (el “jefe” de Palenque) y nuestro grupito habíamos ido en excursión a Chinkultic, nos quedamos en casa de Trudy. En la cena, Trudy se sentaba en la cabecera con sus dos perrazos flanqueándola. Yo estaba al lado de Trudy, y Linda, que había estado enferma durante todo el viaje estaba al lado mío. La muchacha pasó la soper y pan recién horneado, y cuando vino a recoger los platos, vio que Linda solo había comido un poquito de su pan. Trudy miró a Linda, se levantó y, en una enérgica voz dijo: “A mí siempre me enseñaron a comerme *todo* lo que hubiera en mi plato.” La

pobre Linda se encogió en la silla. Yo le dije a Trudy que había estado enferma durante todo el viaje, y que su pan era la primera cosa que probaba.

Pues claro que a partir de ese momento todo cambió, y Trudy se ocupó de complacer a Linda constantemente, así como a nuestro perrito que nos había costado diez pesos que le dimos a un indígena en Comitán. Trudy dijo que el perrito no iba a comer solamente restos de comida. Inmediatamente se fue para la cocina y cortó un enorme pedazo de carne asada para el perrito, justo como los que nosotros habíamos comido. Después de eso, siempre dije que para ir a visitar a Trudy, era mejor estar enfermo, o tener un perrito consigo. Como el asunto de la enfermedad no procedía, mi consejo era el perrito.

Conocimos a mucha gente interesante en la terraza de la casa Gadoy, ya que ese era nuestro campamento base para quienes trabajábamos en los sitios del Río Pasión y Petexbatún. Jacques y Parny Van Kirk tenían su pequeño campamento sobre pilotes en el borde del Petexbatún. Él era un cazador de jaguares que había huído a México con su esposa, sus dos hijas y su pistola, seguro de que su ex-socio lo iba a encontrar y a matar. Nos contó que antes había sido vaquero y cazador de bisontes en Montana, cazador de osos polares en Alaska y otros extraños quehaceres por el estilo. Qué estaba haciendo en México, eso nunca nos lo dijo. Su campamento de 3 x 3 m tenía tres camastros contruidos dentro, uno doble,



Trudy Blom



Don Robertson, mi mentór

una mesita de centro y un pequeño clóset. No había mucho espacio alrededor de la mesa que servía de comedor, mesa de trabajo y todo para lo que se pudiera necesitar una superficie plana. Tenían una lámpara de butano. Cocinaban debajo de esta suerte de “casita en el árbol.” En ese espacio tan pequeño, vivían Jacques, su esposa, dos hijas y un amigo. La única manera de entrar era subiendo por una escalera y a través de una puerta de escape en el suelo. Me acuerdo muy bien de Jacques diciéndole a Parny que si alguien se acercaba, disparara primero y pensara después.

Podemos sumar dos más dos uniéndolo a esta otra historia: Cuando conocí por primera vez a mi futuro mentor Don Robertson, de la Universidad de Tulane, estábamos en México, en donde él y Martha su esposa (con quien también hice una entrañable amistad) estaban haciendo investigaciones un verano. Yo estaba haciendo ilustraciones de cerámica para Bob Rands, y fui al departamento de Don y Martha en las Lomas. Él me contó la extraña forma en que se había hecho del apartamento. La señora que se los rentaba, les dijo que los inquilinos anteriores se acababan de ir, dejando todas sus cosas, incluyendo mucha ropita de niñas, todas sus pertenencias y un tapete de oso polar. Nunca regresaron y, como ya habían pasado los meses, dejaron que los Robertson se quedaran con el departamento.

DOS PILAS

El primer sitio al que fuimos en el Petexbatún fue Dos Pilas. La única persona que había trabajado ahí anteriormente era Ian Graham, de Suffolk, Inglaterra, quien el año anterior había comenzado el registro de glifos en Dos Pilas. Ambos



Un cafecito en el camino a Dos Pilas

éramos los dos únicos que estábamos registrando los monumentos del Petén en aquella época, Ian registrando los glifos y yo los monumentos o el arte de los sitios. Siempre hemos sido buenos amigos, y yo admiro mucho su gran contribución al estudio de los glifos mayas en el “Corpus” de Harvard.

Mi primera estancia en Dos Pilas no podía haber sucedido en un tiempo más inclemente, lluvias incesantes y un lodazal bárbaro por todos lados. El simple hecho de subir al Petexbatún desde Sayaxché, hacia la pequeña ensenada oculta en donde se suponía que encontraríamos el camino, era exhaustivo. Antes de comenzar ya se estaban absolutamente empapados. El camino no había tenido uso por más de un año, y la hierba nueva estaba tan crecida que no tengo la menor idea de cómo fue que mis trabajadores, Tranquilino Flores y sus hermanos, Juan, Pancho y Jesús, hicieron para encontrar el camino. Nos tomó una eternidad, diecisiete kilómetros, pero tal vez más por todas las veces que tuvimos que regresarnos debido a que la tormenta había derribado muchísimos árboles. Mis botas pesaban una tonelada, tan enlodadas que me era casi imposible levantar los pies. No tuvimos tiempo de descansar al llegar, ya que una tormenta aún más fuerte estaba por caer. Teníamos que clarear un lugarcito en la selva para poder construir una champa que nos sirviera para cocinar y comer, otra palapa se debía construir para las hamacas de los trabajadores, y otra que sería para mí. Debíamos hacer la cina; nos moríamos de hambre, pero no podíamos parar ni un segundo hasta que todo estuviera hecho.

A media noche la tormenta se hizo mucho peor —truenos, rayos que pasaban hasta entre los árboles. “¡Crash!” La champa de los hombres derribada con el poste central que cayó justo sobre mi hamaca. No resulté herida, pero ahí en medio de la oscuridad tuvimos que construir otra nueva champa. Por la mañana todo estaba claro ya. Yo estaba a punto de bajarme de la cama cuando ví, justo en mis narices, encima del mosquitero, una sepiente coralillo, como si no hubiera sido suficiente



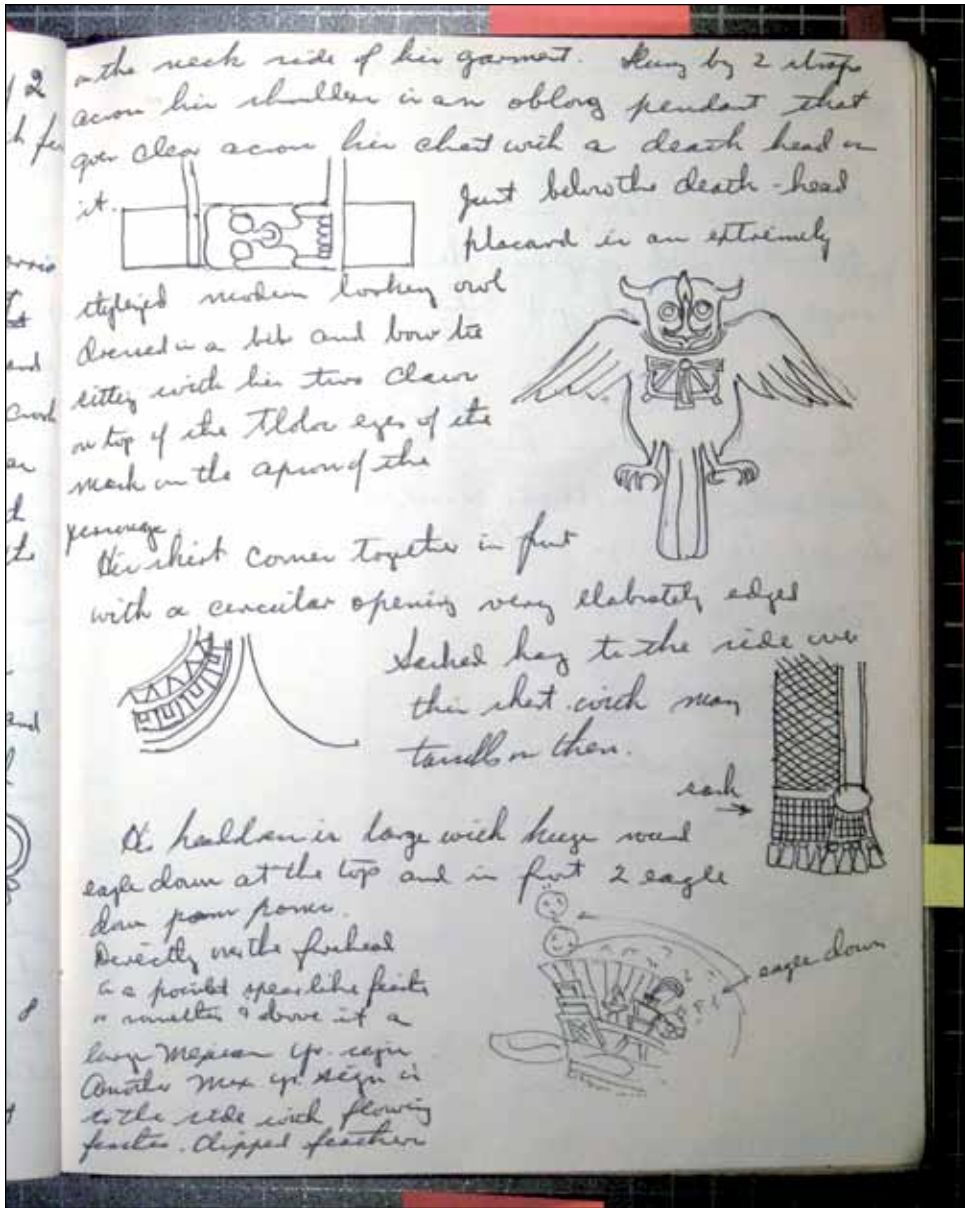
Las Escalinatas de la Procesión en Dos Pilas

con la nohecita que habíamos pasado. Tranquilino rápidamente se deshizo de la serpiente, y después del desayuno estábamos listos para comenzar el nuevo día trabajando.

Echando un vistazo por los alrededores descubrimos ese mismo día la bella “Escalinata Procesional.” Tuvieron que clarear la vegetación frente a ella para que se secase la piedra y yo pudiera tomar fotos. Esos escalones quitaban el aliento, y estaban en un excelente estado de conservación. Algunos señores mayas en elegantes vestidos largos con bello movimiento, marchaban a lo ancho de la escalinata. Hilera tras hilera de preciosos glifos, algunos con el glifo emblemático de Tikal. De todo esto hice un minucioso registro y lo dibujé en muchos de mis cuadernos de campo.

Al año siguiente, cuando trabajé en Dos Pilas fue todavía más difícil llegar, porque había habido un huracán que derribó muchos árboles justo a través de nuestro disque camino. Cruzamos tres arroyos, que ni siquiera están allí todo el tiempo, y los últimos tres kilómetros era todo de subida, arriba y arriba, sin tener un camino visible cuando menos. Pero en esta ocasión tenía mi tienda de campaña que había comprado en Suiza, verdaderamente una dádiva de los dioses. Los mosquitos eran los peores en el mundo entero. Esas feroces criaturas no habían tenido un banquete de jugosa sangre humana durante todo un año, por lo que fui inmisericordemente devorada en vida. Ni siquiera las fogatas calmaban aquellas codiciosas sabandijas. El único lugar en el que estaba a salvo era en mi casita. Durante aquel año, la selva había crecido tan espesa que tuvimos que usar brújulas para localizar los monumentos, y mis trabajadores usaron los machetes para abrir camino para llegar a ellos.

Trabajé todo el día en la preciosa Estela 2 (5.55 metros de alto al juntar las piezas). El relieve estaba en excelentes condiciones. ¡Qué placer estar trabajando en esa magnífica pieza, pero qué trabajo! No tengo idea cómo fue que terminé, con esos desagradables mosquitos devorándome. Tranquilino me llevaba sopa caliente al medio día, ya que cuando empezaba, no podía parar o se arruinaba toda la calca. En otros momentos del día, me traía café caliente. Mi camisa y los pantalones estaban completamente empapados en sudor, además de la sangre por



De mi libreta de campo

los mosquitos.

A la mañana siguiente estaba lloviendo. No tenía caso ponerme mi otra muda de ropa, pues en cinco minutos estaría tan enlodada como la que había usado al hacer la Estela 2. Solamente me puse las ropas enlodadas de vuelta. Tenía tan hinchada la cara que parecía que tenía paperas. Finalmente paró la lluvia y pude hacer la Estela 16.

Fue de lo más descorazonador cuando encontramos que una gran parte de la Estela 17 había sido robada. Había hecho una calca de ella el año anterior, pero como quiera tenía ganas de volver a verla. El frente completa había sido aserrado



Merle con la Estela 16 en Dos Pilas

con una sierra de poder, y las inscripciones laterales estaban completamente dañadas. Envié a uno de mis hombres a Sayaxché para reportar el robo (ya que aparentemente lo habían hecho ese mismo día). La policía anduvo de arriba para abajo en el Río Pasión pero no encontró rastro alguno de la Estela. Después la descubrieron hecha "sandwich" entre dos placas de mármol, lista para ser embarcada en Puerto de Barrios hacia algún destino ilegal, pero de todos modos faltaba la parte inferior de la estela, de la que había hecho la calca, en donde estaba la figura del prisionero en cuclillas.



El papel ya pegado para hacer la calca de la Estela 16



Calca terminada de la Estela 16

BOB AMA LA SELVA

Como Bob Robertson fue conmigo en muchas de mis expediciones a la selva, debo aclarar quién es. Lo conocí (Lawrence W., aunque todos sus estudiantes le decían "Robby") cuando era director de la Academia Militar San Rafael, y yo daba clases de dibujo en ingeniería y arte. Sin embargo fue hasta 1964 que comencé a salir con él.

Después de la Academia Militar, Bob fue decano de la Escuela Robert Louis Stevenson en la Seventeen Mile Drive de Pebble Beach, California. Nos casamos el 19 de diciembre de 1966, en la Iglesia de Wayfarer, Carmel, justo antes de que tomara el cargo como decano en la Stevenson. Ambos dimos clases allí durante nueve años, hasta su retiro como Decano Emerito. La Stevenson estableció un fondo para cada uno de nosotros. Era, y sigue siendo, una gran escuela. "Robby" fue muy querido

por todos sus estudiantes ya que era un hombre muy justo, siempre entendía a los chicos y, les daba una segunda oportunidad. También era el entrenador de carreras en pista, y era profesor de historia. Yo dí arqueología de Mesoamérica.

Debo admitir que al estar casada con el decano, pude tomar la ventaja de ir a México para trabajar en mis proyectos arqueológicos. Bob estaba impaciente por alcanzarme allá. Para alguien que había pasado toda su vida trabajando en un puesto administrativo, podría parecer increíble que verdaderamente se fascinaba trabajando conmigo en la selva de México, Guatemala y Honduras.

AGUATECA

Llegar a Aguateca era toda una dificultosa experiencia. Estaba en la parte alta del Petexbatún, pero el simple hecho de llegar al lugar en donde se suponía que estaba un camino hacia el sitio tomaba muchísimo tiempo. Constantemente teníamos que agacharnos para pasar por debajo de las ramas de los árboles hasta que llegábamos a una laguna poco profunda en la que teníamos que ayudar a remar y empujar con palos para que uno de nuestros hombres caminando en la laguna nos jalara en la cayuca. El camino estaba tan lodoso que tenía que hacer un esfuerzo para despegar las botas del suelo. Llegando al final del escarpado camino, todavía nos quedaba una milla más por subir andando.

Pasamos a través de dos puentes naturales hechos por los mayas, muy resbalosos, de unos 90 centímetros de ancho, unos 22 o 23 metros de largo y sobre un abismo que algunos dicen que tiene casi 50 metros de profundidad. Este foso, aparentemente reodeaba la ciudad como medida defensiva. A mí no me molestan las alturas, pero un camino tan estrecho, cubierto de escombros y tan resbaloso, definitivamente me producía temor cada vez que miraba hacia abajo. De haberme resbalado ahí, no hubiera habido modo alguno de sacarme.



Bob Robertson (Lawrence W.) "Robby"



La Estela 3 de Aguateca, en lo profundo de la selva

La selva era tan espesa, con maleza en primero y segundo grados de crecimiento, que era muy difícil pasar a través de ella. Raíces de grandes árboles envolvían varias de las estelas. Pero al menos no llovía, y los mosquitos prácticamente no habían recibido aún la invitación de sus amigos de Dos Pilas.

La segunda vez que estuve allí, Carl Landegger y su hijito de diez años estuvieron con nosotros. Carl, uno de mis benefactores, quien había descubierto un antiguo sitio en Bolivia, estaba bien acostumbrado al terreno de la densa selva. Era presidente de una compañía que construía maquinaria para la elaboración de



Carl Landegger y Cary con la Estela 10 de Seibal

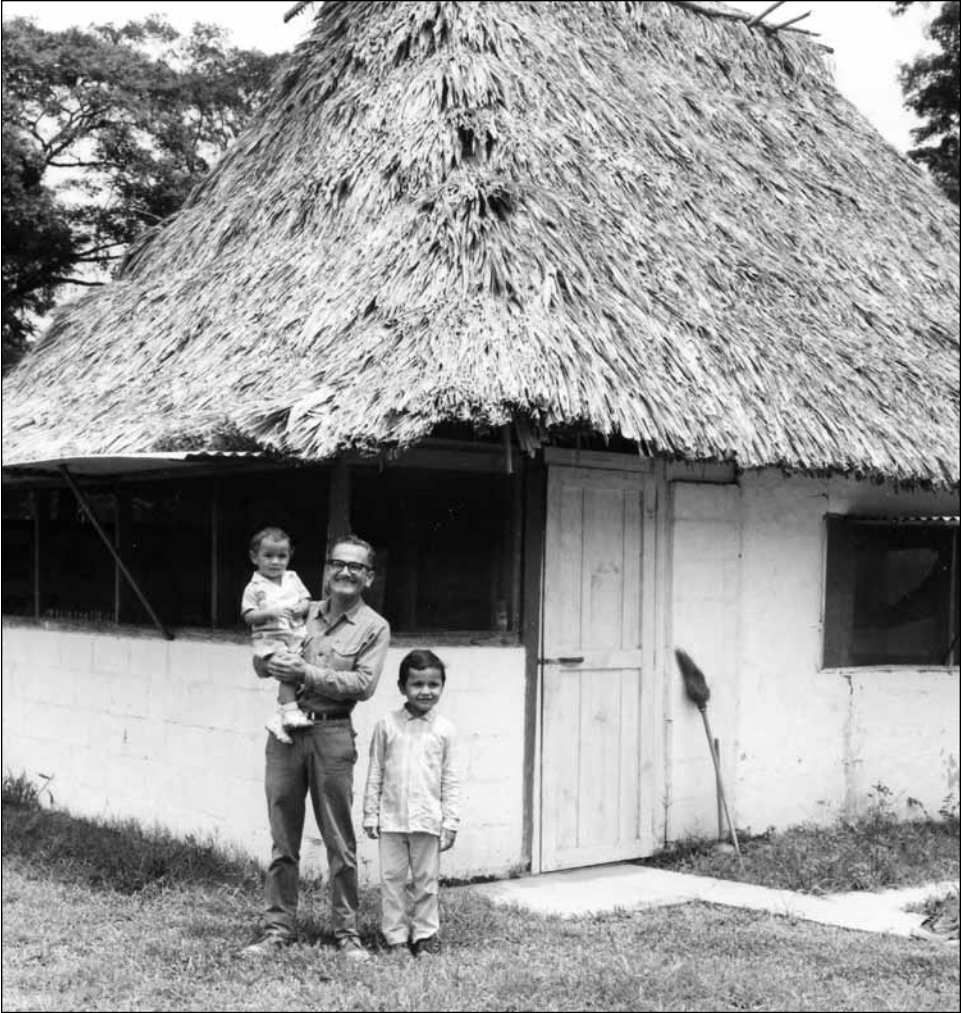
papel, y tenía oficinas por todo el mundo. Cuando lo recogí en el aeropuerto de la Ciudad de Guatemala, no podía creer que hubiese traído consigo a su aparentemente frágil niño de diez años. ¿Qué iba yo a hacer? El área del Petexbatún no es fácil. Bueno, pensé: Carl tendrá que convertir a su hijito en un hombre de un día para otro. Sorpresa —que Cary era todo un explorador; jamás se quejó, siempre cargó el mismo su mochila, y se ocupó de recoger leña para mantener nuestra fogata encendida todo el tiempo en Aguateca. Era un niño encantador, y estuvo muy contenta de tenerlo con nosotros. A menudo me pregunto qué estará haciendo ahora.

Los monumentos en Aguateca eran tan grandes y estaban tan cubiertos de los mismos despojos de la selva y moho, que tenían que ser raspados minuciosamente con las puntas abiertas de ramas verdes, de modo que no se dañara la piedra, que al estar tan húmeda, se raya

muy fácilmente. Esto nos tomó muchísimo tiempo, pero Bob, Carl y Tranquilino se mantuvieron diariamente en la labor mientras que yo trabajaba en la estela que habían limpiado el día anterior. La mayoría de las estelas de Aguateca tuvieron que hacerse con óleo, debido a la humedad de la piedra. Mortíferas serpientes salían por todos lados, pero estábamos tan al pendiente de ellas, que no nos agarraban de sorpresa y, afortunadamente, no nos dieron ningún susto.

ALTAR DE SACRIFICIOS

La primera vez que fuimos a Altar de Sacrificios fue en 1969, cuando John Graham de Harvard y de la Universidad de California en Berkeley, me había mandado para hacer un registro en calcas de los monumentos. Conmigo fueron Bob,



El "Paraíso de Harvard" con Mechel y sus dos hijos en Altar de Sacrificios

Tranquilino y nuestros dos hombres que manejaban el bote. Nos quedamos en la casa de Harvard, cerrada, con ventanas de mosquitero, piso de cemento y catres del ejército en los que dormíamos, una mesa y sillas; pero por supuesto, lo mejor de la casa era que podíamos escapar de los abominables mosquitos. En los cinco años desde que Harvard había trabajado allí, la selva había crecido tanto en Altar, que nos fue difícil orientarnos. Por suerte, con el mapa de John y nuestras brújulas, no estábamos tan perdidos, literalmente. Durante el día entero, mientras yo hacía una calca, Tranquilino detenía un nido de termitas encendido y ahumante, para que yo pudiera trabajar sin que me picaran tanto los mosquitos. El humo no ayudaba mucho; me comieron en cada centímetro de mi cuerpo, hasta a través de la soble capa que hacían los bolsillos de mis jeans. Era un desastre, pero Bob estaba peor.

Las tardes eran divertidas; jugábamos póker y bebíamos ron junto con algunas cositas ricas, como ostiones ahumados, sardinas en aceite, con Mechel chico (hijo del señor Mechel quien estaba al cargo del área) y su esposa, dentro de nuestra casa con el "glorioso mosquitero." Altar es la estación meteorológica establecida por el

gobierno para la región del Pasión. Una tarde, temprano, llegó un Guardia Rural para “chequear” —como dicen en Guatemala— y dar su reporte de Altar y las áreas aledañas del Pasión, además de reportar nuestra presencia. Le informamos de nuestro permiso oficial dado por el Sr. Carlos Samayoa Chinchilla, director del Instituto Guatemalteco de Antropología e Historia, y del reporte especial del Sr. Romero Samayoa Rivera, quien nos proveía con la transportación.

Después de nuestro trabajo en Aguateca, regresamos a Altar de Sacrificios para quedarnos mucho más tiempo, diez días. Si pudiera ser, el clima estaba diez veces peor, y los mosquitos habían invitado a todos sus amigos de todos los rincones del mundo a la Convención Internacional de Mosquitos. Era increíble. Tranquilino y Bob clarearon el Altar 1 el primer día, e hice una calca de él. Como la vez anterior que estuvimos allí, quemábamos nidos de termitas, troncos podridos, hasta manteníamos una fogata constante en pleno calorón para poder continuar trabajando. Nada servía. El repelente para mosquitos solamente les servía de botana.

La única manera de secar las calcas en ese clima tan húmedo, en donde todo estaba lluvioso y empapado, era poner a varios de los hombres a secarlas a mano. Esto era con hojas de palma secas a modo de batientes abanicos ardientes sobre ellas. Casi todas las calcas de Altar tienen quemaduras y gotitas de mi sangre extraída por los mosquitos. Algunas veces, cuando estaba haciendo una calca, el mosquito se quedaba picando mi cara durante tanto tiempo que el infeliz ya no podía volar. Entonces escurría la sangre sobre mi calca.

Una noche, cuando los niños de Mechel estaban jugando cartas con nosotros, llegó el papá Mechel, preguntando quienes éramos aún antes de ser presentado. Le enseñé todos mis papeles oficiales, mis permisos y hasta la calca del Altar 1, que estaba hasta arriba de las calcas. El hombre se atacó y dijo: “Yo no recibo órdenes de nadie. Y ustedes se van de aquí mañana en la mañana o voy a hacer que la policía venga a sacarlos.” Claro que no podía hacer eso. Su jefe, Romero Samayoa, ya le había mandado los papeles diciéndole que íbamos a estar allí. Sin embargo, cuando le pregunté acerca del monumento que nadie había encontrado, me aseguró que allí estaba pero naturalmente no me dijo en dónde. Todavía tengo mis sospechas acerca de ese personaje; nunca confié en él.

El cuidador de medio tiempo del sitio, junto con su esposa, los Mina, nos invitaron a cenar a su casa una noche, y fue una experiencia inolvidable. Ya nos conocíamos bien, puesto que Bob estaba ayudando a sus dos niños con sus estudios para que no fueran a estar muy atrasados cuando regresaran a Sayaxché.

Los Mina cocinaron arroz, frijoles, tortillas, café y de postre nos dieron guanábana. Nosotros les llevamos *corned beef* enlatado. Estábamos tan a gusto y congeniamos tanto estando allí sentados, haciendo la visita en una mezcla de inglés y español.

Su casa maya tenía techo de guano, postes laterales con hiedras para sostener las estacas derechas, y una sola puerta con un caparazón de tortuga colgando al lado. El interior se dividía en dos secciones; en una de ellas, la pared estaba cubierta de periódicos a modo de papel tapiz. La habitación principal tenía una mesa grande en una esquina, con repisas sobre ella, y en la otra esquina, una base de cemento que sostenía los aparatos de cocina: dos bloques grandes de cemento, con una barra de hierro doblada en tres direcciones para sostener cualquier pedazo de comida que se fuera a cocinar. El fuego lo controlaban empujando gavillas de leña debajo de aquella barra de hierro. Bajo la estufa, una mamá gallina estaba sentada sobre su canasta de huevos, y una docena de pollitos estaban por ahí



Trabajando en la lluvia en Altar de Sacrificios



Secando las calcas en Altar



En lo profundo de la selva del Petén, en Altar de Sacrificios

alrededor. Una hamaca estaba amarrada a lo largo de una esquina, y troncos de madera completaban los asientos. Tenían varias lámparas hechas con frascos de medicina con una tapa de metal atornillada arriba, a la que le habían hecho un hoyo. Un trozo de tela se insertaba por el hoyo hacia adentro de la botella, la cual llenaban de queroseno. Para ahuyentar a los mosquitos, tenían dos cuencos con nidos de termitas ahumando, uno en la puerta y otro al interior de la casa. Nos hicieron sentir como en casa. Altar de Sacrificios me trae muy gratos recuerdos, por la gente, no por los mosquitos.

TAMARINDITO

En abril de 1970, llevé a algunos de mis estudiantes de la Stevenson a Tamarindito: Paul Saffo, Jeff Smith, Don Hart, Dick Millard, Steve Hyde y Jim Kinslow. Nos impactó la escalinata; era más hermosa de lo que esperaba, y casi en perfecto estado.



Las Escalinatas de Tamarindo

Aparecen a todo color en la portada de mi libro *Maya Sculpture* que se publicó en 1972. Era tal la subida al sitio, que Paul todavía platica de cómo le contestaba cada vez que preguntaba: ¿Cuánto falta para llegar? A lo que yo respondía: “Está aquí a la vueltecita.” Estábamos tan acalorados y tan cansados al llegar de vuelta al río, que todos no echamos con todo y ropa.

ITSIMTÉ

El mismo grupo fue conmigo a Itsimté en un viaje aterrador. Salimos a las seis de la mañana, pensando que teníamos que transbordar a un camión en La Libertad, pero no —sólo tomamos un guía que conocía el camino. Salimos a toda velocidad a través de los altos pastizales de la savana. No tenía yo idea de cómo era que nuestro guía sabía hacia dónde iba. Al pie de una elevación muy empinada, paró su jeep. A partir de allí sería a pie. Parecía que íbamos casi totalmente de subida por seis kilómetros, en un camino en el que habían pasado mulas cuando estaba muy lodoso. Cuando pasamos por allí, el camino se había secado justo como lo habían dejado las mulas —con profundos huecos duros en la tierra, lo que lo hacía sumamente difícil para caminar. Tenía ampollas en los talones cuando llegamos al sitio.



Itsimté, donde nos secuestraron a punta de revólver: Paul Saffo, Steve Hyde y Jeff Smith

A todos lados a donde volteábamos, veíamos que habían estado saqueando. La primera estela que vimos, tenía un corte de sierra en toda la parte superior, y la base estaba a un metro o dos de distancia, con un corte de sierra de lado a lado en donde iban a cortarla en dos piezas. A otra estela ya le habían aserrado tres pulgadas de la cara frontal. Solamente una estela estaba todavía intacta. Debe de haber estado trabajando allí toda una tropa para causar todo ese daño al mismo tiempo. Había tan poca protección en los sitios del Petén que los monumentos estaban siendo robados o cortados todo el tiempo, poniendo en peligro su desciframiento al perder tantas inscripciones tan importantes.

Mientras que yo hacía calcas de todo lo que podía, los estudiantes andaban por ahí colectando evidencia acerca de quiénes podrían ser los saqueadores. Habían latas de aceite, cartones de cigarros, latas vacías de sardinas en aceite, y trapos grasosos.

Terminamos tan pronto pudimos, y comenzamos a bajar por aquel terrible camino hacia nuestro jeep. Al estar comenzando a quitarme las botas, un hombre uniformado con una ametralladora vieja en sus manos llegó corriendo hacia mí.

Segundos más tarde de todas partes se apresuraban hacia nosotros, también con ametralladoras, y comenzaron a revisar cada centímetro del jeep. No me dio miedo, porque tenía los papeles de Romero Samayoa en mi bolsillo, en los que se solicitaba protección de la policía en El Petén, y yo pensaba que estos cuates eran de la policía. Estaba a punto de sacar mis papeles cuando Tranquilino me hizo la seña de que no lo hiciera. Finalmente ya no soportaba más el tener una ametralladora apuntándome al estómago, así que de todos modos le mostré al líder mis papeles. Brevemente les echó un vistazo y vio la nota para la policía hasta abajo. Ninguno de ellos tenía las esposas que tantas veces había yo visto que usaba la policía de la región. A regañadientes nos dejaron ir. Se me hizo extraño que no se hubieran disculpado cuando vieron quiénes éramos.

Nos quedamos en silencio por un rato cuando comenzamos el regreso, hasta que Paul dijo: "Saben, al menos uno de esos tipos tenía una insignia de papel en el brazo." Tranquilino no dijo nada. Fuimos a ver a Julio Godoy, quien llamó al jefe de la policía de Sayaxché.

Si esos hombres eran de La Libertad, tanto el chofer del jeep como nuestro guía los hubieran reconocido ya que siempre habían vivido allá. También, los saqueadores de Itsimté los hubieran reconocido a ellos. El mayor peligro era para los cuatro guatemaltecos que venían con nosotros, ya que ahora sus vidas corrían peligro, y hasta las de sus esposas e hijos, quienes podían ser asesinados porque aquellos hombres sabían que los habían reconocido. Dijeron que había sido un milagro que no nos mataran a todos. Sin embargo, en lo que a los americanos nos concernía, podríamos fácilmente haber sido secuestrados con el fin de pedir un rescate por nosotros.

NARANJO

Se decidió que nos iríamos del área de Sayaxché inmediatamente. Por suerte, también tenía permisos conmigo para trabajar en Naranjo. Contactamos a Samayoa por radio, e hizo los arreglos necesarios para que un vehículo techado nos recogiera y nos llevara a San Benito donde podríamos tomar el camión hacia Melchor de Mencos, desde donde saldríamos para Naranjo.

Pasamos casi toda la noche despiertos empacando nuestro equipo para Naranjo. Cuando llegamos a Melchor, cerca de la frontera con Belice, el chofer nos dejó a la orilla del camino, afuera de un pueblito, ya que no sabíamos aún para dónde ir. Los estudiantes se quedaron con la pila de equipaje y equipo, mientras que Tranquilino y yo fuimos al pueblo para ver dónde podíamos quedarnos y de alguien que nos llevara a Naranjo. No habían hoteles en el pueblito, pero encontramos a una mujer que tenía tres cuartos para que ocupáramos. De todos modos quedaron dos sin camas, por lo que Paul Saffo, por ser el más joven, y Tranquilino fueron elegidos para dormir en el desvencijado balcón. Las camas nos costaban un dólar cada una por noche. El servicio de baño estaba en una letrina doble que se había caído en un ángulo de 60 grados, por lo que la puerta no cerraba. La cena de cada quién costaba 35 centavos, pero a cualquier precio era excepcionalmente buena: armadillo, huevos revueltos, frijoles, tortillas y café. Ese lugar debe de haber sido el mejor del pueblo, porque varios policías cenaban al mismo tiempo que nosotros. Venían diario a cenar, y también a desayunar.



Mis trabajadores de Naranjo:
Paul Saffo, Don Hart, Dick Millard, Steve Hyde, Jeff Miller, Jim Kinslow

El catre de mi cuarto no tenía sábanas, pero había una funda de almohada sucia y una cobija delgadita. Ponía mis ropas sucias sobre la cama y dormía sobre ellas con la ropa que traía puesta. Los chicos no la pasaron tan bien, pues sus camas estaban llenas de chinches. Así que casi no dormían. Paul y Tranquilino dormían bastante bien en sus colchoncitos en el balcón, sin chinches.

Finalmente encontramos a un señor que había estado en el sitio antes; de hecho había llevado a Ian Graham para allá el año anterior, por lo que conocía la carretera. Bueno, bien a bien no era una carretera, sino más bien un camino de dos surcos, en el que nos tomó dos horas y media llegar al sitio.

La preciosa, fabulosa selva nos dio la bienvenida en Naranjo —palmas que parecían casi de 30 metros de altura, un verde denso y exuberante por doquier. El campamento de Ian estaba casi intacto —mesa, bancas, sillas, repisas y una silla hecha de piel de venado. Y champas en las cuales los chicos podían colgar sus hamacas. Puse mi tienda y me fui a buscar los monumentos.

Nuestros guías estuvieron ocupados trayendo agua para limpiar las estelas. Pude hacer calcas de casi todo lo que había. Algunas eran inmensas. Los chicos limparon los monumentos, me ayudaron a pegar el papel, y también ayudaron a traer el agua. El único problema eran las garrapatas, que probablemente venían de la silla de piel de venado en el campamento. También habían estado mulas allí, y siempre hay garrapatas con las mulas. Todos teníamos, pero Jeff fue quien tenía

que quitarse la gran mayoría, docenas de garrapatas cada noche.

El último día que estuvimos en Naranjo, había yo trabajado desde el amanecer hasta que anocheció, tratando de terminar las calcas antes de irnos. Estaba cansada. Cuando llegué al campamento, la cena estaba lista. Uno de los muchachos me sentó en la silla de venado y hasta me quitó las botas. Ahí debía sospechar. Cada noche habíamos tomado nuestros roncitos con Tang. El mío ya estaba listo y todos nos alegramos. Iba hacia mi tienda para cambiarme a una camisa seca para cenar, cuando me tropecé con el cordel que sostenía la tienda con la estaca. Aquí es cuando nuestras historias difieren. Hasta el día de hoy, estos chicos (ahora hombres) juran absolutamente que estaba yo emborrachada con el ron. Habían puesto todo el ron en mi bebida y ellos nomás estaban bebiendo Tang. Debido al color amarillo no era posible notar la diferencia.

IXKÚN

Recibí una llamada de Romero Samayoa estando en Sayaxché; me dijo que habían estado saqueando en los alrededores de Poptún, y que le gustaría mandarme a Ixxkún para hacer una calca de la Estela 1 si fuera posible, antes de que le hicieran más daño. Bob se quedó en Flores y yo me fui con todo mi equipo en una mochila de lona en el autobús a Poptún, bajándome en el kilómetro 79, en donde hay un camino que entra hacia el pequeño pueblo de Dolores. Primero llegué a la estación de policía preguntando en dónde vivía Tortutiano Huil, mi amigo del Proyecto Tkal. El policía me preguntó a dónde iba, y cuando le dije que a Ixxkún, me dijo que al menos necesitaría dos hombres y tres caballos para llegar ahí. Cuando pregunté a qué distancia estaba de Dolores, me dijo que a nueve kilómetros, pero en un camino muy difícil. Le dije que estaba acostumbrada a caminar en la selva mayores distancias que esa, y que no necesitaría caballos. La casa de los Huil era la primera en una hilera de casas similares con techo de guano en una callecita de pasto.



Mis niños del "Flautista de Hammelin" en Dolores, El Petén



Estela 1 de Ixkún

Tortutiano estaba en la Ciudad de Guatemala con su hijo, a quien estaban dando tratamiento para el “oído de chiclero,” pero llegaría en la mañana. La señora Huil me invitó a quedarme con ella esa noche. Su hijita de nueve años, Ofelia, se me echó a los brazos como si fuera una tía que hubiera vuelto de un largo viaje. Ella quería presentarme con sus abuelos, que vivían al final de la calle. Tan pronto salimos de la casa, otros niñitos salieron de las suyas y también se colgaron de mí. Iban a compartir con Ofelia el dar la bienvenida a esta extraña de pelo rubio. Conforme pasábamos las casas, el número de mis seguidores se acrecentaba. Cuando llegamos al final de la calle ya tenía 25 pequeños seguidores. Y de regreso fueron aún más. Me sentía como “El Flautista de Hamelin.”

Temprano por la mañana, con el sol brillando a pleno, estábamos listos para empezar el camino a Ixkún —Huil, su hermano y yo. La niñita Huil y su prima nos acompañaban, pensé que hasta donde comenzaba a bajar el camino. Pero no, para mi sorpresa, nos siguieron a pie descalzo durante todo el recorrido hasta Ixkún.

Mientras que los hombres construían andamios para que pudiera yo trabajar en esa estela de casi tres metros de altura, puse mi tienda, hice la fogata para la cena y comencé a prepararla. Les dije a las niñas que íbamos a comer carne, la sonrisa de oreja a oreja no se hizo esperar. Pero cuando abrí los paquetes de carne seca, las sonrisas se fueron para abajo. Sin embargo, una vez cocinada, les pareció deliciosa. Helado liofilizado, como nunca habían probado el helado, era algo nuevo con sabroso sabor a chocolate que podían masticar. Les gustó. Estaban emocionadas por mi casita. Pero, ¿cómo íbamos a dormir las tres con solamente dos cobijitas? Pues nos la arreglamos. Como enfría mucho en la selva por las noches, simplemente nos acurrucamos juntitas las tres esas dos noches en mi tienda.

Temprano por la mañana, comencé a hacer la calca de la Estela 1. Primero la analicé un buen rato antes de siquiera empezar; tomé muchas fotos en Polaroid de los glifos labrados. Como amenazaba lluvia, los hombres pusieron un plástico cristal enorme sobre de la estela, de los andamios y de mí. El tomar las fotos Polaroid me ayudó muchísimo, ya que al ser una pieza de iconografía tan intrincada, hubiera podido faltarme algo. Quedó perfecta. Mientras estábamos ahí, los hombres me dijeron que sabían de otro sitio, en dirección opuesta a Dolores, que también tenía una estela pero ninguno de los dos había estado allí.

Esto resultó no ser precisamente verídico. Cuando regresamos a Dolores sobre aquel camino que parecía una nimiedad para dos niñitas descalzas, pero que según el policía era demasiado difícil para mí sin caballos, estaba lloviendo bastante fuerte. Estábamos todos empapados tanto de la lluvia como de lodo, y las dos niñitas se veían como si hubieran estado revolcándose con los marranitos

IXTUTZ

A la mañana siguiente, los dos hombres y yo agarramos camino hacia Ixtutz, ocho kilómetros al sureste de Dolores. Eventualmente me enteré que el sitio había sido visitado por el Coronel Modesto Méndez y Eusebio Lara en 1852. El último había hecho unos caprichosos dibujos de las estelas. También fue visitado en 1946 cuando pasó por allí Merando Contreras para atender su milpa, la que pasamos en el camino antes de llegar. Nadie había estado allí desde entonces hasta que llegué en 1970. Pasando con trabajos a través de la vegetación de segundo crecimiento,



Mi casita y las dos niñas, Ixkún

llegamos a una densa selva. Este era el sitio que los hombres llamaban Ixtutz. El resto del día lo pasamos limpiando el monumento caído y haciendo una calca. Me dí cuenta que estábamos junto a lo que parecía una serie de escalones, en otras palabras, al menos había un edificio. Iría al Instituto en la Ciudad de Guatemala para pedir un permiso de trabajo para el siguiente año en el sitio.

ACCIDENTE EN EL PETÉN

Cuando llegué a casa después de Ixkún e Ixtutz en julio del 70 estaba tan emocionada por lo que había encontrado, que le estaba platicando todo a Bob al mismo tiempo que me daba una ducha. Me resbalé, me caí y se me rompieron las costillas, pero lo peor fue haberme golpeado el muslo tan fuertemente que tuve un hematoma del tamaño de un balón de fútbol. Bob me llevó a la cama, pero cuando entré en shock llamó al Dr. Baldizone. Nuestro amigo Antonio Ortiz, el doctor, Don Hart y Bob lograron bajarme en un colchón por las estrechas escaleritas, ponerme en un camión y llevarme al hospital de la selva en El Petén. Volví a entrar en shock cuando me estaban transfundiendo de Don y otros dos jóvenes de las Bahamas. Encontraron dos enfermeras, de modo que hubiera una enfermera conmigo las 24 horas. Nadie más estaba en el hospital; era principalmente para emergencias como

esta. Bob tuvo que salir a comprarme hielo. A la mañana siguiente estaban al pie de mi cama discutiendo que debía ir al hospital de la Ciudad de Guatemala para que me operaran el muslo, pero que probablemente no aguantaría el viaje.

Después de cuatro días, me trasladaron a la casa de Toño para que me pudieran cuidar y que me repusiera con algo de alimento sano, ya que no había comida en el hospital. En la mañana del tercer día en casa de Laura Luz y Toño, se decidió que me llevarían a la Ciudad de Guatemala. Conocíamos al piloto de la avioneta. Le había quitado tres asientos para hacer espacio y que cupiera con mi camilla. Toño, el doctor y Bob, vinieron en la avioneta conmigo. Al llegar nos estaba esperando una ambulancia que me llevó al Hospital La Bella Aurora, en donde operaron mi muslo para drenarle toda la sangre. Pasé ocho días en el hospital y después me llevaron a casa de nuestros buenos amigos Eileen y Robert Schaps. Él era presidente de la Asociación Guatemalteca de Cafetaleros, y propietario de la finca cafetalera más grande en todo Guatemala. Al año siguiente, cuando regresamos al Petén, trajimos una muy necesitada bomba estomacal para el Hospital del Petén como un agradecimiento para el Dr. Baldizone por haber salvado mi vida.

HACIA PERÚ

El sábado 2 de agosto de 1970, recién sacadas las puntadas, abordamos el avión hacia Lima para ir al Congreso Internacional de Americanistas (ICA). Con nosotros estaban Ed Shook, Guillermo Guillermon y mi estudiante de la R.L.S. Flint Stickney, quien acababa de empezar su carrera de Historia del Arte en Stanford.

Después de la reunión de la ICA volamos a Cusco, y en lugar de descansar como me habían indicado, anduvimos por allí siguiendo las manadas de llamas y alpacas. De pronto no pude respirar. La presión en mis costillas rotas resultó demasiada por la altura, entonces nos fuimos al hotel y volamos de regreso a Lima por la mañana. Flint se iba a ir a Machu Picchu y acordamos que nos encontraría después en Lima.

A media noche sonó el teléfono. Era Ed Shook para decirnos que la avioneta que volaba de Machu Picchu a Cusco se había estrellado. Bob se fue volado con Ed a la oficina de la aerolínea, pero no sabían nada más que la avioneta se había estrellado y parecía que todos a bordo habían muerto. Lo primero que hizo Bob por la mañana fue ir a la embajada de E.U. para averiguar si Flint iba en ese vuelo y darles los nombres de sus papás. Diariamente iba Bob a la embajada y al aeropuerto para ver cuándo llegaría el avión con los cuerpos. Aparentemente nadie sabía nada. Nuestro embajador en Perú se había ido de vacaciones justamente el día del terrible accidente. Bob estaba furioso. Escribió cartas bastante desagradables a nuestro Departamento de Estado al respecto.

Todo el tiempo yo me quedé en el cuarto del hotel para contestar las llamadas telefónicas de los papás. Casi todos los pasajeros en la avioneta eran estudiantes universitarios que habían estado de intercambio en Perú durante el verano, y ese viaje a Machu Picchu iba a ser su último desliz. Los únicos que no eran parte del grupo de universitarios eran la hija del presidente de Perú y Flint. Todos murieron, incluidos el piloto y el co-piloto.

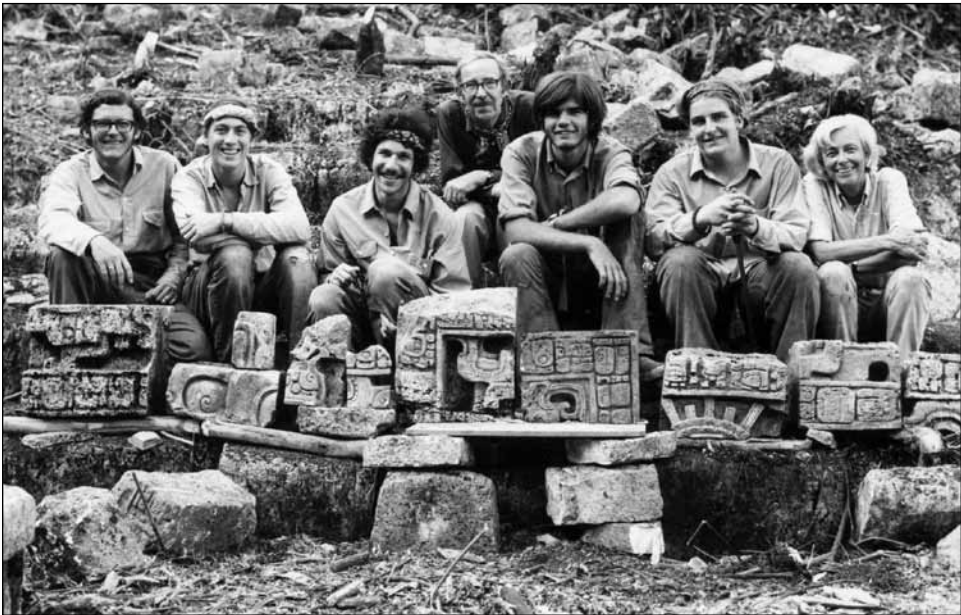
Nunca he querido regresar a Machu Picchu.

MAPEO DE IXTUTZ

En abril de 1971, cuando fui a pedir el permiso al Sr. Luján para hacer el mapa y las calcas de Ixtutz, ni él ni nadie más sabían en dónde estaba Ixtutz. No se encontraba en ningún mapa. Sin embargo, sí me dieron el permiso para trabajar allí aunque no sabían nada del lugar excepto por la foto de la calca que había yo hecho allí y un mapa en el que les mostré en dónde se encontraba el sitio.

Entonces llevé a mis estudiantes de la Stevenson Arlen Chase, Tom Gardner, George Wing, Kevin Monahan y Corey Smith, además de Bob. En Dolores recogimos a José, Victor Manuel, Telmo Contreras, Merardo Huil, Hugo Trujillo, Félix Quixchan y Olivia Mogul, nuestra cocinera (esposa de Félix), su hijito y el nuevo bebé. Nuestros víveres y el equipo iban en tres caballos. No podíamos haber encontrado un equipo más entusiasta.

Ixtutz estaba en una selva harto densa, tanto que lo primero que debimos hacer fue clarear un espacio para construir nuestro campamento, al menos para que tuviéramos champas para dormir esa noche. En dos días, creo que hicimos el mejor campamento en la selva de cualquier sitio. Claro que no cuento lugares grandes como Tikal, Seibal o Caracol en Belice. Se construyeron firmemente buenas champas para todos, además de otra grande para nuestras mesas de dibujo y mapeo, y otra más para el area de cocina. Con una madera de balsa partida por la mitad y bien alisada, los hombres hicieron una mesa de 2 metros y medio de largo. Todos comíamos juntos, mis estudiantes, los de Dolores y Bob y yo. Cada noche, después de comer, los muchachos y los trabajadores se sentaban a la mesa para aprender español e inglés, respectivamente. Cantaban canciones en ambos idiomas. También habían clavado un pedazo de cartón en un árbol, y tenían ahí la



El equipo de Ixtutz:

George Wing, Corey Smith, Tom Gardner, Bob, Kevin Monahan, Arlen Chase y Merle



Nuestro campamento de Ixtutz, en lo profundo de la selva

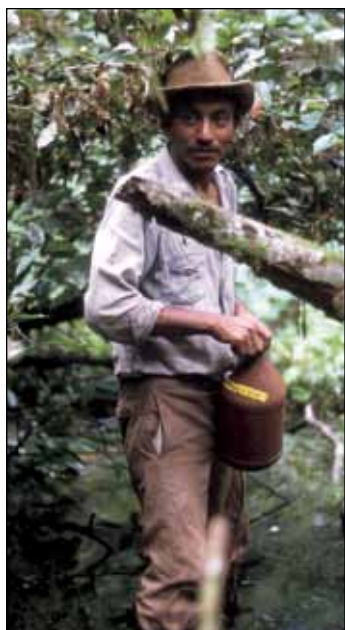
lista de las serpientes que cada quién había matado. Era algo así:

SERPIENTES		
lunes	2 barba amarilla	Arlen, Manuel
	1 coral	Tom
martes	2 barba amarilla	Kevin, Félix
jueves	3 barba amarilla	Corey, Arlen, José
	1 coral	Félix

Así fue día tras día. Algunos días ni siquiera veíamos serpientes. A ninguno nos mordieron. Los muchachos fueron entrenados para estar alerta y además se hicieron buenos con el machete.

Corey estaba a cargo de construir la letrina con postes de madera, lo mismo que el asiento alisado y con un hueco redondo. La fosa era profunda y siempre manteníamos ahí una cubeta de cenizas para arrojarla a la fosa después de cada uso. Nuestra ducha era muy ingeniosa. Estacas de bambú armaban los lados, el piso era de tablillas de madera con un asiento en el que nos podíamos sentar, y un palo con una horqueta u horquilla nos servía perfectamente para colgar la ropa. Una cubeta estaba suspendida por encima colgada de una cuerda, y con otra cuerda amarrada a un lado para inclinarla. Nuestra idea era que la cubeta se llenara con agua de lluvia, entonces, al jalar la cuerda cayera el agua sobre el bañante. Esperábamos que lloviera. No llovió. Día tras día, y no llovió.

El agua que pudimos conseguir fue de una vieja aguada que estaba a un kilómetro de distancia. Diariamente uno de los trabajadores tenía que ir para traer el agua en una bolsa impermeable que se cargaba en un mecagal amarrado a la cabeza. Entonces la colábamos en mi sombrero tipo Panamá para quitar los bichos;



El agua tenía que ser llevada a pié desde un kilómetro de distancia



Haciendo tortillas

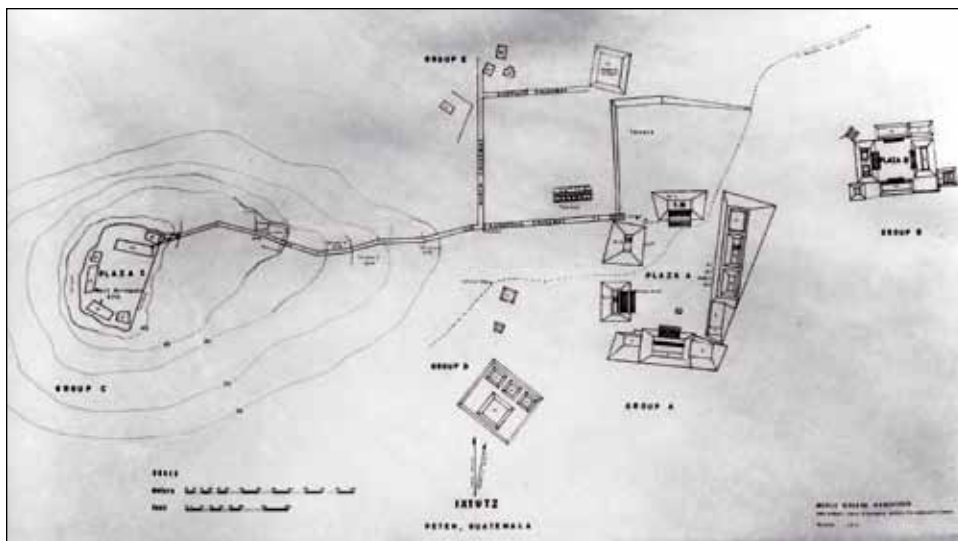
de ahí la vaciábamos en bolsas de agua transparentes para racionar, beber, hacer el café y principalmente, para cocinar. No había agua para bañarnos ni para lavar la ropa. Cada quien tenía una taza de distinto color que colgábamos en una rama con nuestras cucharas dentro, de modo que no los lavábamos. En vez de usar nuestros trastes de plástico, usábamos los contenedores de la comida liofilizada tirándolos después en una fosa profunda para basura. Cada mañana, se servía un cuenco de agua fresca para que nos laváramos las manos y la cara; todos usábamos la misma agua. Al medio día nos volvíamos a lavar todos con aquella agua, ya un poco lodosa, pero en la noche eso era ya lodo puro.

Cuando llegábamos para cenar, todos estábamos cubiertos de lodo y empapados de sudor. Colgábamos esa ropa para que se secase el siguiente día al sol, y nos poníamos la ropa ya seca del día anterior. Dormíamos en esa ropa y la usábamos al día siguiente. Cualquiera se hubiera ido y no hubiera soportado esa situación. Pero no ese grupo, ni los estudiantes de la Stevenson ni los hombres de Dolores. Era increíble.

Todos tenían una brújula Fluid Bezar, y habían tomado un semestre de mapeo con el Coronel Houghton, anteriormente del ejército de los Estados Unidos, quien daba clases en la Stevenson. Habíamos ya mapeado todo en el bosque de Pebble Beach, que no estaba para nada tan construido como hoy día. El clarear y mapear en Ixtutz fue muy rápido.

Ixtutz resultó ser un sitio bastante grande. La plaza principal, que llamamos Plaza A, donde teníamos el campamento, era un área de aproximadamente 70 x 55 metros. Contando los basamentos en la Plaza A, el área se extendía a 170 x 70 metros. Desde ahí, los *sachés* (caminos mayas) iban hacia los otros cuatro grupos: B, C, D y E.

Para llegar al Grupo C, la Acrópolis, se pasaba por una serie de escalones que



Nuestro mapa de Ixtutz

subían por el oeste hacia cinco terrazas que eran afloramientos naturales de rocas, algunas inmensas, como la que estaba hacia la Terraza 4. George, Kevin y Félix maparon la Acrópolis, y encontraron que la única estructura a la que pudieron acceder tenía una bóveda maya.

El hallazgo más emocionante de la temporada fue el encontrar once bloques de glifos cerca de la base de la Estructura 1. Cuando se aproximaba el momento en que debíamos irnos, mandé un mensaje de radio al Sr. Samayoa para informarle



Arlen Chase en Ixtutz

de nuestro hallazgo. El mandó otro mensaje diciendo que un helicóptero del ejército iría a recoger los bloques, y que deberíamos clarear y nivelar un lugar para que pudiera aterrizar. El helicóptero nunca llegó, y como no queríamos dejar los bloques de glifos sin el cuidado debido para que los saqueadores se los llevaran, los cubrimos con zacate y le pagamos a uno de los hombres para que se quedara allí una semana hasta que un equipo de recate llegara por ellos. Una persona de Dolores iría a relevarlo llevando más comida.

Había hecho las calcas de todas las estelas y tomé fotografías de todo. Me parecía que la Estela 4 no tenía relieves en ninguno de los lados visibles. Hasta cavamos unos 30 centímetros por debajo pero no sentimos que hubieran grabados, así que rellenamos la zanja. Cuando salimos de Ixtutz fuimos a Tikal para hacer una rápida visita del sitio. Vimos a Ian Graham así que le dijimos de Ixtutz y de



Haciendo una calca en la Estela 10 de Seibal

cómo llegar ahí. Poco después fueron él y Eric von Euw. Afortunadamente para ellos, nosotros habíamos clareado y limpiado todo, por lo que todavía no estaba crecido. Ellos hicieron su propio mapa (aunque no encontraron el Grupo D, que estaba un poco más hacia el suroeste), pero voltearon la Estela 4 usando un aparejo de poleas. Encontraron el hermoso panel doble de glifos que yo no ví. Si no fuera por la falta del Grupo D, el mapa de Ian y el mío son muy similares.

SEIBAL

Una de las experiencias más maravillosas que tuve en la selva, fue el trabajar en Seibal con Ledyard Smith. Fue para mí un gran honor el que Ledyard me pidiera que trabajara con él. Era un gran director de campo, muy querido y admirado por todos. El viernes 26 de Marzo, de 1968, a las 7:30 a.m. salimos de nuestro campamento en la casa de Don Julio Godoy en Sayaxché y tomamos la lancha de la Peabody río abajo por el Pasión hacia Seibal. Cómo me encanta ese río. Excepto por uno que otro claro, todo era a través de la hermosa selva con altos árboles de caoba y zapote que alojaban docenas de diversas orquídeas. Cientos de aves tropicales mantenían su constante sinfonía durante todo el camino. ¡Qué afortunados éramos al escuchar tan maravillosa sinfonía en un esenario de verde, naranja, mandarina y oro!

Cuando llegamos a la orilla de desembarco para Seibal, tuvimos que subir una empinada pendiente hasta el sitio 2.3 kilómetros adelante. Cuando llegamos al muelle, nos encontró un grupo de niños nativos cuyo deber era cargar todo nuestro equipaje, nuestras provisiones para el campamento, y el abastecimiento diario de agua en seis grandes tinas. Estos niños pusieron agua en cinco grandes contenedores además



Calca de la Estela 10 de Seibal



Calca de la Estela 3 de Seibal

de todo el equipo. Cada uno de ellos dio diez viajes, por cada uno de los cuales se les pagaron diez centavos. Me parecía que no era mucho para tan difícil subida. El procedimiento en Seibal era que se nos sirviera café o té al llegar. Eso era rico. Además de Ledyard, el personal del campamento cuando estuvimos consistía de Gair Tourtellot, Richard Rose, Norman Hammond, Bob y yo.

La cena se servía exactamente a las 6 p.m., ni un minuto más tarde. La comida era gourmet. Excepto por las frutas y verduras locales, todo venía de S.S. Pierce, Londres. Antes de ese año (el último de los cinco que Ledyard estuvo allí), cuando se hacían las órdenes del licor para Londres (con un año de antelación), siempre las habían enlistado como "armas y municiones." Este último año, Ledyard puso (en lugar de "armas y municiones") en su orden de licor —tantas botellas de Whisky, tantas botellas de Brandy, tantas de ginebra, etc.— y eso fue lo que recibió.

La bella y larga mesa de zapote estaba siempre puesta como para una cena formal y elegante. Al centro de la mesa había una larga fila de todo tipo de botellas de licor y tantos condimentos y especias que uno podía soñar que estaba en la India o en algún lugar exótico. Los platos de porcelana blanca, al igual que las copas y los vasos, se ponían hacia abajo en cada lugar. Aquello era como cenar en Maxim's. Por ejemplo, con todo y lo que comíamos de por sí, a cada uno nos tocaba media lata de salmón de seis pulgadas de diámetro. Habían traído un refrigerador y un generador grande por esa empinada y lodosa pendiente. Qué lujo. Hasta nos daban gelatina y demás comida que necesitaba refrigeración. Sin embargo, había una regla silente que jamás se mencionaba, pero que todos sabíamos: sólo se permitían dos bebidas.

Nos levantábamos temprano, ya que el desayuno se servía a las 5:30 y después a trabajar. Los monumentos de Seibal

estaban en su mayoría bien preservados, por lo que era un gusto hacer las calcas. Especialmente disfruté la gran Estela 10, que muestra a un señor que no tiene rasgos mayas, con un bastón de serpiente y unas hermosas botas de piña; la Estela 8 que retrataba a un señor con garras de jaguar y pantuflas, y la Estela 7, la cual muestra la accesión de un gobernante jugador de pelota, con todo su elegante traje, faldellín abierto, un yugo enorme, y rodilleras. La Estela 3, única en Seibal, que ni siquiera parece muy maya, es una obra maestra de la escultura de Seibal. Sus tres paneles divididos, nos muestran unos personajes de tipo oriental que están discutiendo animadamente. Era apasionante ver cómo cada detalle aparecía al aplicar la tinta.

Luego llegó el día en el que se desató la tempestad y el caos, justo después de la comida. El final de la calma y la tranquilidad. Un enorme bulldozer amarillo entró derribando los árboles de la selva, preparando el camino para la nueva carretera desde Sayaxché. Al principio, todo lo que podíamos ver era ese horrible y ruidoso monstruo amarillo entre los árboles. Me alegra haber trabajado en Seibal antes de que la civilización cambiara ese precioso sitio, hogar del jaguar, del tucán, el mono y la serpiente.

El último día de la temporada, habíamos regresado a Sayaxché, y justo al llegar, otro bote llegó con un mensaje de Ledyard diciendo que me necesitaba de vuelta en el sitio para hacer unas calcas de ciertas cosas que se le habían olvidado. Y allá fui de vuelta. Bob se quedó en Sayaxché. En la tarde del segundo día había terminado las nuevas calcas. Se veía que llovería, pero decidimos que los motoristas me podrían llevar a Sayaxché antes de que cayera la tormenta. No fue exactamente el caso. Llovía tan fuerte, que la lona que llevaba encima no me servía de nada, y pronto quedé totalmente empapada. No había luna. Estábamos en total oscuridad. De vez en cuando asomaba la cabeza debajo de la lona, pero no podía ver nada, aunque me parecía que los hombres iban directo a encallar en una orilla. Claro que no era así. Estos hombres conocían bien su río.

Bob y Julio Godoy estaban cómodamente sentados en el porche de la casa en Sayaxché, cuando escucharon un motor. Bob dijo: "Esa no puede ser Merle, nunca se regresaría en plena tormenta." ¿Y quién entonces se apeó de la lancha? ¡Pues, yo! Absolutamente escurriendo. Vaya que se sorprendieron. Pero finalmente, lo logré.

YAXCHILÁN

He pasado gran cantidad de tiempo en Yaxchilán, en la gran curva del Río Usumacinta, el afluente que divide a México y Guatemala. Siempre ha sido uno de mis lugares favoritos. Es un sueño de sitio que, si uno llega en avioneta, aparece como una visión espectral que traieran del espacio exterior.

Uno de los tiempos más interesantes en Yaxchilán fue cuando llegué por el Río Usumacinta desde Sayaxché. Me quedaba con la familia de Miguel de la Cruz en la parte más alta de la orilla. El clima era totalmente impredecible; en un momento estaba lloviendo y en el siguiente instante el sol brillaba. Por eso comenzaba a trabajar con la aurora, ya fuera con Miguel o con alguno de sus hijos. El agua del río estaba demasiado revuelta y sucia con las crecidas. El agua la obtenía yo cortando un extremo de liana de dos o tres pulgadas; era pura y cristalina.

Una mañana, cuando iba por la veridita hacia el Templo 33, me encontré con un jabalí salvaje (o lo que creí que era un jabalí) sentado en el camino. Sabiendo lo peligrosos que pueden ser, esperé un momento a que se fuera. Ya que no se movió, decidí dar la vuelta por otro lado a buena distancia. De regreso, en el camino, resultó que el “jabalí salvaje” era un cerdo de Miguel que acababa de tener media docena de cerditos.

Fue más o menos el tiempo en el que también decidí darme un baño en el río. Ya me había quitado la ropa y encontré un sitio menos resbaladizo en el que había un tronco en la orilla para sentarme. Me senté en el tronco para lavarme los pies, cuando el tronco se empezó a mover. El tronco subió su cabeza. Era un cocodrilo. Decidí quedarme mugrienta.

Las seis semanas que pasé en Yaxchilán en junio y julio de 1970 fueron las más productivas. Bob estaba conmigo, y mis estudiantes de la Stevenson: George Wing, Nick Dodge y Kevin Monahan. Esa fue una temporada de seis semanas sin lluvia; en mucho tiempo no había sucedido algo así. El río estaba muy bajo, tanto



Nick Dodge y George Wing tomando notas en Yaxchilán

que uno podía cruzarlo saltando de piedra en piedra. Eric Thompson me dijo que era lo más bajo que había estado desde que se llevaban registros del nivel del río. Pudimos ver los restos del puente maya que alguna vez cruzaba el río.

La familia de Miguel de la Cruz nos lavaba la ropa y nos preparaban la comida diariamente. De hecho, nos tomaron a todos como parte de la familia. Qué gente tan maravillosa y generosa. Miguel tenía plantas afuera de su casa que nos curaban de cualquier dolencia o mordedura que uno pudiera padecer —mordeduras de serpientes, dolor de estómago, diarrea con sangre, dolor de oído, constipación estomacal y muchos más padecimientos. Tenían una planta de *Dorstenia contrajerva* creciendo al pie de un árbol en la puerta de su casa, en caso de emergencias. La parte inferior de las raíces se hervían en agua y se usaban para diarrea con sangre, las raíces más pequeñas para dolor de estómago, y las duras hojas aserradas (la flor) se usaba para la mordida de serpientes. Además del campamento donde los de la Cruz, habían muchas otras estructuras, estelas y un juego de pelota. Todo eso se extendía a lo largo del río en un área de unos 500 metros. Luego hay una elevación. Es una subida muy empinada para subir a la estructura 33, que tiene una crestería hermosa y grandes dinteles sobre las entradas. Los dinteles 1, 2 y 3 sobre los accesos de este edificio son espectaculares, pero fue sumamente difícil hacer las calcas.

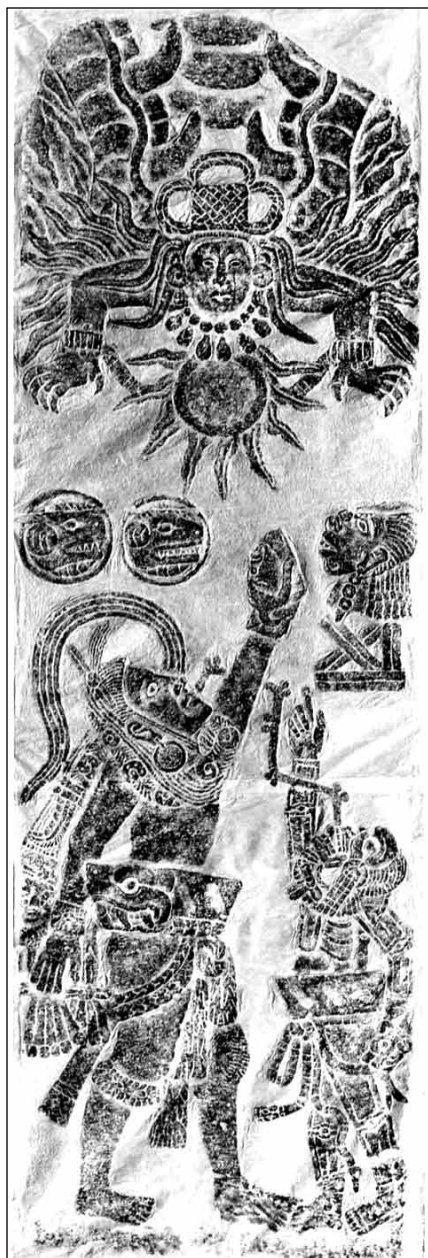
Los templos 29, 30 y 31 están a unos 210 metros subiendo por la montaña, un asenso difícil. Todavía habían bastantes restos de pintura de color rojo, azul y amarillo ocre, tanto en el interior como en el exterior cuando trabajé allí.

Las calcas más fascinantes que hice en aquél tiempo fueron las Escalinatas Jeroglíficas de la estructura 44, las cuales fueron excavadas y dejadas al descubierto. El excavarlas y limpiarlas significó hacer un trabajo muy minucioso, ya que teníamos que ser extremadamente cuidadosos para no pisar los escalones ni dañarlos en ningún momento. Nick era estupendo en esto. Para cuando dejamos Yaxchilán, había yo hecho 50 calcas.

Los dinteles más bellos de Yaxchilán están en el Museo Británico, así que, por supuesto tenía que ir a Londres para hacer calcas de ellos.

A EUROPA Y EL MUSEO BRITÁNICO

Podría parecer que Bob y yo tomamos el camino más largo para llegar a Londres, pero el itinerario de nuestro vuelo nos llevaba a Estocolmo primero. Llegamos allá el 8 de junio de 1969. Yo llevaba ya el permiso del Dr. Bengt Danielson, director del Museo de Antropología, para hacer allí las calcas de los monumentos que formaban parte de la exhibición de los mayas que estaba allá. Junto con todos los monumentos que estaban en la exhibición, hice calcas de dos paneles de un juego de pelota que provenían del Usumacinta y que tiempo después vi en una casa particular en Ginebra. Unos años después de que la exposición de los mayas cerró en Estocolmo, esas piezas fueron adquiridas por un hombre en Ginebra. Fui invitada a la preciosa casa del nuevo dueño, a las orillas del Lago Ginebra, para una comida con mi amiga suiza Silviane Sandoz, y en cuanto nos saludaron en el recibidor, lo primero que noté fueron esos paneles. El dueño estaba muy sorprendido de que los conociera y más aún de que hubiera hecho unas calcas de ellos en Estocolmo.



Calca del Monumento 3 de Bilbao

BERLÍN OCCIDENTAL

De Zurich, fuimos a Berlin Occidental (entonces todavía no derribaban el muro), y de allí a Dahlem. Bajo la dirección del Dr. Dieter Eislib, director de arqueología en el Museo für Völkerkunde en Dahlem, registré todas las inmensas estelas del area de Santa Lucía Cotzamalhuapa, que habían sido llevadas a Alemania por los exploradores de principios del siglo. Eran los monumentos del juego de pelota de El Baúl. Mientras que los trabajadores estaban martillando incesantemente durante la construcción de la nueva ala del museo, yo trabajaba en andamios que me habían mandado a hacer para hacer las catorce calcas de esas maravillosas piezas. Qué deleite. Estan en condición prístina.

LONDRES, EL MUSEO BRITÁNICO

Finalmente llegamos a Londres un sábado, en 1970, y tomamos el tren hacia Audley End, en donde nos encontraríamos con Sir Eric Thompson, para ir de allí a Saffron Walden. Al día siguiente nos llevó en su carro por todo el país, a través de pequeños pueblitos, empapándonos de historia inglesa como nadie excepto Eric podía contarla. Las fechas de las viejas catedrales, todo acerca de la Mansión Audley que era ahora propiedad del estado; el viejo colegio de Santa María —que lo habían convertido en casa de retiro para sacerdotes con bellísimos jardines— y la Iglesia de San Pedro y San Pablo. La casa de los Thompson, llamada "Harvard," era pequeña pero muy confortable. Para comer, Florence, la esposa de Eric, nos hizo un delicioso pay de pollo

y, de postre, un pay de grosellas espinosas (uva crispa) que fue el delirio de Bob. Claro que le hizo el mismo pay el día siguiente. Estando en casa de los Thompson, recibí una llamada de Carl Landegger, mi benefactor en Nueva York preguntándome en dónde estábamos ya que su chofer estaba listo para llevarnos al Museo Británico todos los días.

Llegamos a la estación en Londres, y claro, ahí estaba el Sr. Davies esperándonos en un brillante Bentley color plata. Estábamos muy sorprendidos.



Sir Eric Thompson

Antes de registrarnos en nuestra habitación del Hotel Swiss Cottage, fuimos al Museo Británico para presentarnos y saludar al Dr. William Flagg, director del Departamento de Etnografía. No llegamos a la entrada principal, sino por la parte posterior al estacionamiento privado para los directivos del museo, y directamente al elevador que sólo ellos usan.

Todo estaba ya listo y me estaban esperando, el área de esculturas acordonada para que los turistas no interrumpieran mi trabajo o se tropezaran con tanto equipo. Cuando llegué a la mañana siguiente, había allí un hombre que estaría conmigo todo el tiempo en caso de que necesitara agua, té o cualquiera otra cosa. Nuestro chofer, el Sr. Davies, llevó a Bob por todas partes de Londres y a los mejores pubs.

Era un placer tan grande estar haciendo las calcas de los famosos dinteles de "auto-sacrificio" de Yaxchilán: 24, 25, 15 y 16. Especialmente porque había estado tanto tiempo en ese templo; luego la Escalinata Jeroglífica del Naranja, y 26 esculturas más. La hospitalidad del Museo Británico tenía que ser simplemente



Calca del Dintel 25 de Yaxchilán

la mejor. Una vez terminadas las calcas en el Museo, fuimos a sus bodegas, a las afueras de la ciudad, para hacer las calcas de todas las esculturas que tenían de otros sitios. Eso fue muy diferente. Trabajar en fríos galerones entre filas y filas de monumentos apilados.

La segunda ocasión que trabajé en el Museo Británico fue en 1979, cuando estaba haciendo la investigación para el Vol. I de *La Escultura de Palenque*. Estaba haciendo correcciones a los dibujos de Maudslay. Elizabeth Carmichael y todo el personal del Museo de la Humanidad tenían todas las fotografías y los negativos de Maudslay listos para que yo los revisara en un cuarto especial. Estaba sumamente impresionada, ya que eso era un privilegio muy especial.

UAXACTÚN

De regreso en la selva de Guatemala. Bob y Don Hart fueron conmigo a Uaxactún. Nada se había hecho desde que el personal de la Carnegie, Ed Shook, Jesse Jennings, y Robert y Ledyard Smith estuvieron allí.

Nos trataron como reyes. Los visitantes simplemente no pasaban por allí. El guardia del sitio, el Señor Aldana, muy generosamente nos hospedó a los tres en su casa. Don dormía en un catre en una esquina del cuarto. Aquella casa con techo de guano era inusualmente grande, una construcción de entramados de cáñamo y palos pintados de blanco con yeso. El área principal de la vivienda consistía en un cuarto de 8 x 4.5 metros en donde estaban nuestra cama y el catre de Don, más una mesa grande en donde comíamos. La mitad del cuarto estaba dividido por una tela en dos palos, haciendo otra área de dormir y para la máquina de coser de Juanita, la esposa del Sr. Aldana.

Los Aldana tenían dos hijos, una niña llamada Blanca, que tenía diez años pero se veía como de siete, y un niño un par de años menor. Cuando la lluvia se ponía tan fuerte que no podía seguir trabajando en los monumentos, me ocupaba de entretener a los niños. Como Blanca no tenía una muñeca, le hice una rompiendo una de mis camisas viejas para hacer el cuerpo, y rellenándola con pochote, pintándole la cara y dándole el toque final haciéndole pelo con el relleno de una cuerda de nailon. Luego hicimos muñecas de papel. Corté una muñeca muy simple de cartón, le pinté la cara y el cuerpo, y luego hice pilas de ropa de papel para la muñeca.

JIMBAL

En junio de 1970, volví al mismo territorio. John Graham de Harvard y de la Universidad de California en Berkeley, me había pedido ir a Jimbal y registrar una estela allí. Don Hart fue conmigo otra vez. Pasamos por Tikal para recoger unos guías que nos llevaran hasta Jimbal, que está a medio camino entre Tikal y Uaxactún. Cuando fui a ver al guardia de Tikal, Sandoval, y le dije lo que pretendía hacer, él me dijo que no quería ir allí. Quería cobrar una ridícula cantidad de dinero por llevarme, y se rehusaba a rebajar el precio, pensando que yo no lo pagaría, y así no tendría que ir. Sin embargo Harvard ya me había pagado para hacer el trabajo, y me habían dado para el boleto de avión de dos personas. Así que tuve que aceptar. Le dije que estuviera listo con un ayudante y una cantimplora con agua para cada quien, y que saldríamos a las 6 a.m. Me habían dicho que no era necesario llevar agua, ya que encontraríamos suficiente en la aguada. Don y yo llevamos nuestras cantimploras de todos modos, además de cuatro latas de coctel de frutas, y cuatro de jugo de tomate. El resto de nuestra comida era liofilizada.

Si alguna vez existió un camino, ya no estaba allí, entonces el andar sobre ese duro terreno, en el calor, con árboles caídos y hojas en descomposición era muy difícil. Apenas dejando Tikal, nos encontramos con una serpiente coralillo. Luego, como a la mitad del camino, de pronto me topé con una enorme barba amarilla, justo delante de mí, en donde iba a poner el pie. Di un salto bien alto sobre la serpiente y grité “¡barba amarilla!”. Cuando Don cuenta esta historia, empieza a traducir rápidamente, “barba amarilla —fer-de-lance— ¡serpiente mortal!” y se echa para atrás con ímpetu.



Bebiendo de una liana

Cuando finalmente llegamos a Jimbal, completamente deshidratados, miramos en la aguada. Totalmente seca, ni una sola gota de agua. Tampoco había agua en las lianas. Era una estación de extrema sequía y muchísimo calor. Sandoval nos dijo que no sabía en dónde estaba la estela, así que Don y yo comenzamos a buscar, y por supuesto que la encontramos. *Pero*, el tercio superior había sido aserrado para desprenderlo muy recientemente. Cuando señalé el evidente intento de robo y la grave destrucción de la pieza a Sandoval, solamente se encogió de hombros y dijo que entonces deberíamos regresar a Tikal.



La Estela de Jimbal en donde se ve la porción robada, Don Hart y Huil

Estaba muy molesta. Todavía tenía mi agua en la cantimplora. Decidí usarla para hacer una calca de los restos de la estela, y eso fue lo que hice; no compartí mi agua con los hombres. Les dije que no, ni íbamos a regresar a Tikal hasta la mañana siguiente.

Don y yo tendimos mi tienda, pero como no iba a llover, no pusimos la cubierta para lluvia sobre ella. Simplemente nos acostamos en el suelo y tratamos de dormir. A media noche nos despertó el sonido de la lluvia. Rápidamente salimos de la tienda para tratar de coger el agua de la lluvia en nuestros utensilios de cocina. Pero la lluvia paró. Pensando que podría volver a llover, pusimos todos los utensilios alrededor de la tienda para que captaran el agua que pudiera caer, y nos metimos de nuevo a la tienda. Sin la cubierta para lluvia, el agua se había permeado y hecho un charquito lodozo. Recogimos lo más que pudimos de aquella agua lodoza y la bebimos.

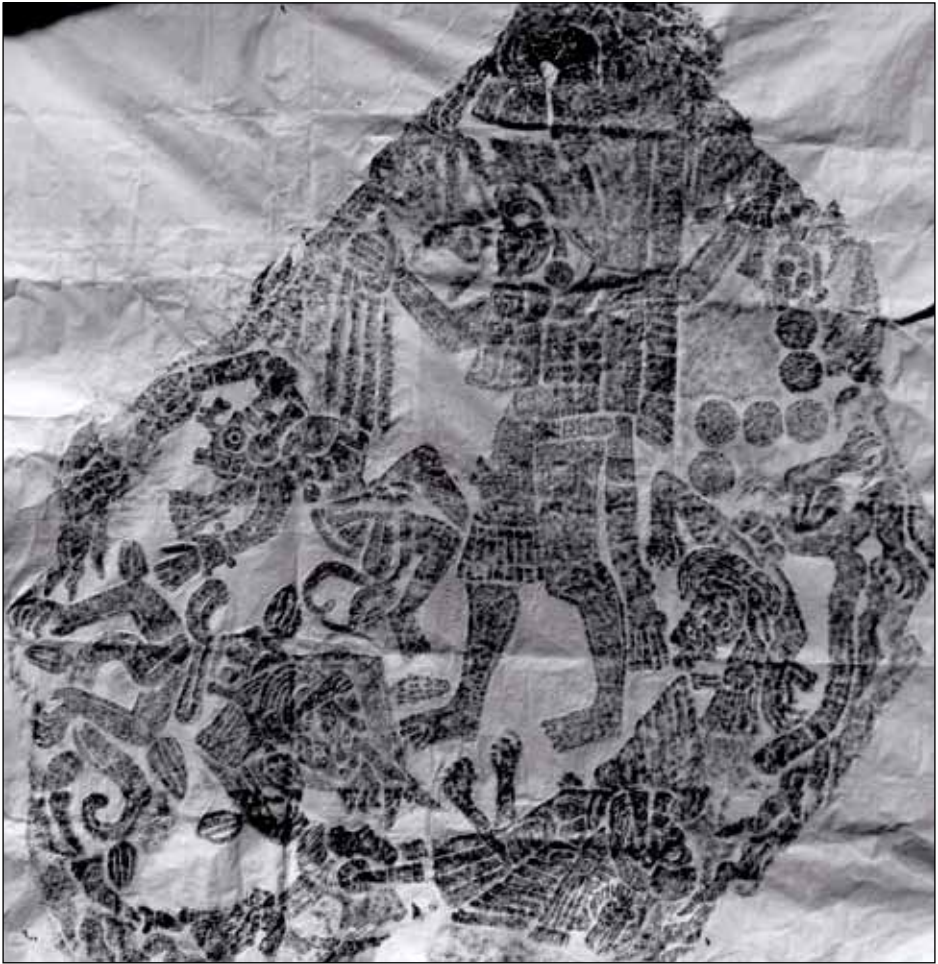
De regreso la mañana siguiente buscamos agua en las lianas, pero ninguna produjo ni una gota. Cuando aparecimos caminando en la pista para avionetas de Tikal, apenas podíamos mantenernos de pie. Habíamos caminado catorce kilómetros de ida y catorce de regreso, más dos kilómetros hasta la aguada. Uno de los muchachos de Tikal nos vió y fue volado por nosotros en un jeep. Nos paramos bajo una regadera con todo y ropa y simplemente dejamos que el agua nos cayera encima.



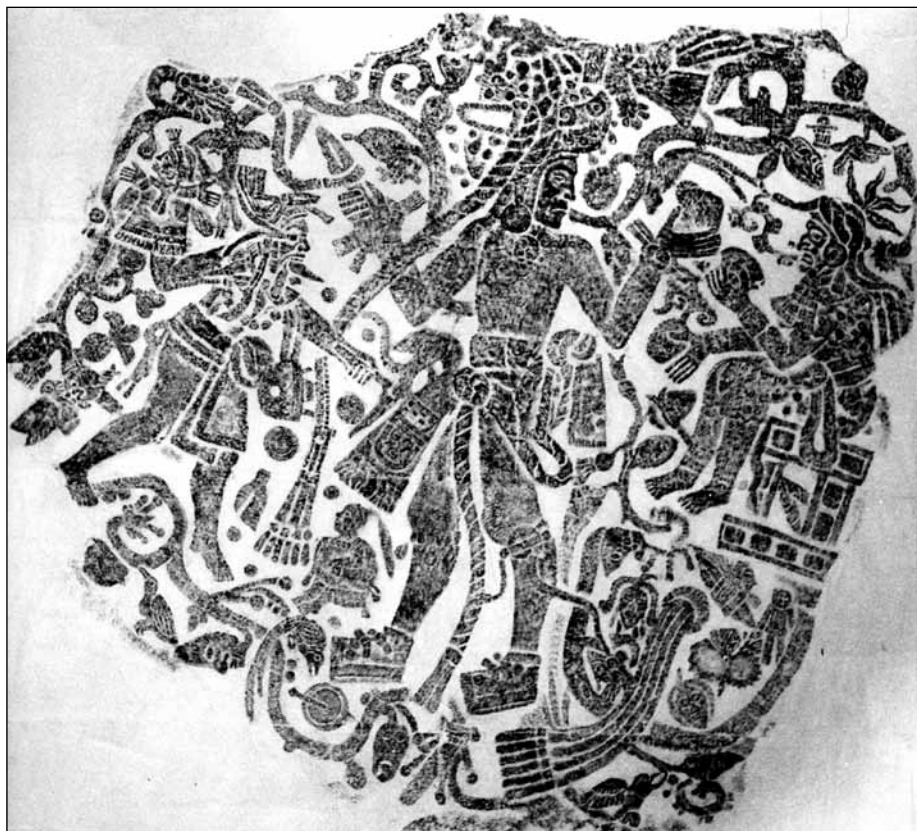
Con mis estudiantes arriba del Monumento 4 de El Baúl:
Merle, Don Hart, Jim Kinslow, Paul Saffo, Dick Millard, Steve Hyde, Jeff Smith

BILBAO Y EL BAÚL

El viaje al pie de monte del Pacífico guatemalteco fue una experiencia totalmente diferente, en un tipo totalmente diferente de terreno. Lee Parsons, mi amigo arqueólogo de Harvard, me había platicado acerca de los monumentos de Santa Lucía Cotzumalhuapa, en donde él había trabajado algún tiempo. Tenía el permiso para hacer las calcas de ellos, y me dieron una carta de presentación para Don José Ricardo Muñoz Gálvez, el dueño de la finca de café Las Ilusiones, en donde se encuentran muchos de los monumentos de Bilbao. Nos quedamos con la familia Muñoz cuando estuve trabajando en el área. Fuimos totalmente acogidos por la familia. El desayuno era bien temprano. El café era delicioso; era la "esencia" del café, lo primero que se hace por la mañana con el puro líquido de los granos de café (sin agua) recién molidos. Se hace fresco diariamente, lo ponen en una botella y se usa solamente ese día. El proceso se repite cada mañana. La finca Las Ilusiones es el único lugar en donde he tomado esta deliciosa bebida.



Calca del Monumento 4 de El Baúl



Calca del enorme Monumento 21 de Bilbao con la escena del jugador de pelota

Fuimos a caballo hasta el Monumento Bilbao 21, el más grande (4.02 x 3.38 metros de superficie plana) y el más elaborado de las composiciones narrativas de Cotzumalhuapa. La figura central principal era un jugador de pelota, usando un elegante turbante y borlas y un cinturón muy grande atado al frente. Lleva un cuchillo en una mano y una vaina de cacao en la otra. La figura a su izquierda, probablemente un hechicero, lleva un títere y un cuchillo de hueso. A la derecha, un viejo sentado en un trono sostiene vainas de cacao en ambas manos. Este gravado en bajo relieve en una de las caras de una peña de basalto está inclinado a unos 35 grados. Lo cual hacía muy difícil el poder trabajar en él, pero al mismo tiempo era muy emocionante, ya que cada florecita y cada detalle aparecían poco a poco al aplicar la tinta. Ya que el peñasco estaba a pleno sol, se ponía demasiado caliente para trabajar descalza sobre él, y como no iba a usar mis tenis, tuve que trabajar todo el tiempo en calcetines. Estaba en el peñasco durante ocho horas seguidas, sin parar, comenzando a las 7:30 a.m. Bob me llevaba el agua, tanto para hacer la calca como para beber, pero no me bajé de ahí una sola vez. El agua que bebía la sudaba casi tan pronto la tomaba. Usé siete lienzos de papel arroz de tres metros por un metro para hacer esa calca.